BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

# "ELLOS" EN NUESTRO PLANETA

## Glenn Parrish

CIENCIA FICCION






GLENN
PARRISH

# “ELLOS” EN NUESTRO PLANETA

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 381



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

*ISBN 84-02-02525-0*

*Depósito Legal B. 35.195 – 1977*

*Impreso en España - Printed in Spain*

*1.ª edición: NOVIEMBRE, 1977*



Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

# CAPITULO PRIMERO

La pareja de enamorados paseaba apaciblemente por el campo, con las manos unidas, contentos, felices, haciendo planes sobre su porvenir, mientras disfrutaban de aquel día primaveral, en el que las hojas de los árboles parecían más verdes y brillantes que nunca y las flores abundaban por todas partes. Se escuchaban cantos de pájaros y no lejos de aquel lugar, entre álamos de hojas de plata y algunos sauces, corría un arroyuelo de transparentes aguas.

De pronto, el joven tropezó con una piedra, casi oculta por el abundante césped que crecía en el suelo. Un tanto irritado, se agachó y, cogiéndola con las manos, la arrojó a lo lejos, en dirección al arroyo.

La piedra, al caer, chocó contra una roca y se dividió en multitud de fragmentos.

—Tienes una fuerza impresionante —dijo la chica, alegremente.

—Estuve a punto de caer...

El joven no pudo continuar. Un extraño zumbido llenó la atmósfera repentinamente.

Los fragmentos de la piedra se elevaron un instante en el aire, y luego, movidos por una energía desconocida, se dispararon como proyectiles. La chica, asustada, gritó y se agachó instintivamente.

El joven tuvo menos suerte. Uno de aquellos trocitos de piedra le alcanzó en mitad del pecho, arrancándole un grito de dolor. Al muchacho le pareció que le traspasaban el cuerpo con una barra de hierro candente. El dolor se inició en la parte del esternón y se propagó hasta la espalda, en donde se produjo un pequeño estallido de sangre.

Durante un par de segundos, el joven se mantuvo en pie, con los ojos enormemente abiertos. Los misteriosos zumbidos habían cesado ya y la chica se enderezó.

Entonces vio a su novio... y vio también la sangre que empezaba a manar de su boca. De pronto, el muchacho cayó de bruces, pataleando convulsivamente. Los ojos aterrados de la joven contemplaron la enorme mancha de sangre de la espalda.

Fue demasiado para ella. Se desmayó y la pérdida del conocimiento le resultó beneficiosa, porque no pudo contemplar los horribles últimos momentos de la

vida de su prometido.

* * *

A Louis Barry, aunque disponía de su propio aeromóvil y las aceras deslizantes de las calles constituían una red perfecta de transporte, le gustaba caminar a pie siempre que podía. En aquella ocasión, se dirigía a una cita, pero había salido de casa con tiempo sobrado, hacía una tarde maravillosa y no quería apresurarse en llegar a un sitió en donde sabía iba a ser recibido, sin ninguna clase de metáfora, con los brazos abiertos.

De pronto, vio pasar por su lado una encantadora muchacha de poco más de veinte años, pelo claro y ojos grises, dueña de una silueta en la que parecían condensarse todos los dones de las hadas. Lo que más le extrañó, sin embargo, era su indumentaria.

La joven vestía una especie de chaleco muy corto y con un gran escote, que era al mismo tiempo sujetador, el cual dejaba al descubierto la cintura, de una delgadez increíble. Llevaba también unos pantaloncitos rojos, muy cortos, y ajustados a unas caderas de ánfora, los cuales, extrañamente, estaban cubiertos por unos bombachos de tejido muy fino, casi por completo transparente. Sobre el pelo llevaba una especie de fez rojo, con lo que su apariencia era la de una hurí mahometana, según se ha descrito infinidad de veces en los dibujos que representan los harenes orientales. Llevaba un par de brazaletes, pero sus zapatos eran relativamente modernos, con tacón de cinco centímetros, sin la punta curvada en la forma clásica que hubiera sido de esperar en un atavío semejante.

A Louis le picó la curiosidad. ¿De dónde había salido aquella atractiva muchacha? ¿Adónde se dirigía? ¿Tal vez a un baile de disfraces?

La mayoría de las mujeres, sobre todo las jóvenes, vestían blusa y pantalones o traje de una pieza. Las que tenían una figura más llena solían llevar túnicas o prendas por el estilo. Nadie, por supuesto, se asombraba de la extraña indumentaria, aunque sí se volvían muchas cabezas para contemplar aquella atractiva figura. De pronto, Louis vio que la chica se metía en una tienda de artículos para decoración, cuya especialidad, según rezaban los títulos de la fachada, eran las alfombras.

Barry no tenía ninguna prisa en llegar a su cita y se quedó en la entrada de la tienda, abierta de par en par a causa del buen tiempo. Desde allí, vio a la muchacha hablando con un vendedor.

—Deseo una alfombra, más o menos de estilo persa.

—Sí, señora, tenemos de todas clases y estilos, con unos dibujos preciosos.

—El dibujo es lo de menos —cortó la chica—. La alfombra debe medir aproximadamente un metro y medio de largo por setenta u ochenta centímetros de ancho. ¿Tienen algo parecido?

—Oh, claro que sí, señora. Por favor... Aguarde un momento...

El vendedor se alejó unos instantes y volvió a poco con varios rollos en las manos. Desenrolló una de las alfombras sobre el mostrador y la enseñó a su atractiva cliente, mientras hacía una cálida propaganda del tejido y del dibujo.

—Las medidas son ciento sesenta por noventa...

—Está bien, me la quedo —dijo la chica—. ¿Cuánto?

—Veintiocho «garants», señora; moneda planetaria, por supuesto.

Ella abrió el bolso que pendía de su hombro y sacó un monedero. Contó unos billetes y los dejó sobre el mostrador.

—Y dígame, señora —consultó el vendedor—, ¿adónde quiere que se la enviemos?

—Oh, no es necesario que se molesten. Me la llevaré yo misma.

—Muy bien, señora; se la envolveré.

—No hace falta. Deme, por favor.

En la puerta, atraído por una curiosidad invencible, Barry contemplaba la escena. De pronto, vio que la chica extendía la alfombra en el suelo, con el eje mayor perpendicular al mostrador.

El vendedor miraba a la joven no menos atónito que Barry. Ella abrió su bolso y sacó un tubo de unos cuatro centímetros de grueso, con el que lanzó un chorro de gas sobre la alfombra.

El vendedor protestó casi airadamente.

—¡Señora, la va a estropear...!

—Oh, no se preocupe, amigo mío. La verdad es que no tengo aeromóvil y no he podido conseguir la licencia de conducción, de modo que me he visto obligada a recurrir a este procedimiento para poder moverme con un poco de rapidez.


El vendedor puso una cara de idiota imponente.

—Pero la al...alfombra no... no se mueve...

—¿Que no? —sonrió la chica—. Ahora verá.

Entonces se sentó sobre la alfombra, cruzando las piernas a la usanza oriental y movió la mano derecha.

La alfombra se elevó un metro del suelo, con la chica a bordo, como único pasajero y tripulante, todo en una pieza. Ella extendió el brazo y la alfombra avanzó hacia la puerta.

Barry se apartó a un lado. La chica, al pasar, le saludó alegremente:

—¡Hola!

En la calle se oyeron algunos gritos de asombro. La chica movió el brazo hacia su derecha, a la vez que lo levantaba un poco, y la alfombra giró cuarenta y cinco grados y ganó altura, en medio del griterío de la gente que contemplaba la escena.

Segundos después, la alfombra voladora, con su encantadora pasajera a bordo, se había perdido de vista en las alturas.

Barry creyó que soñaba. Lo mismo que él, decenas de personas tenían la vista fija en el cielo.

De pronto, Barry se acordó del vendedor de alfombras. Alargó el cuello hacia el interior de la tienda y vio un par de pies que sobresalían por uno de los lados del mostrador. Barry sonrió; la escena había sido demasiado fuerte para el pobre hombre y se había desmayado.

Luego, consultó su reloj.

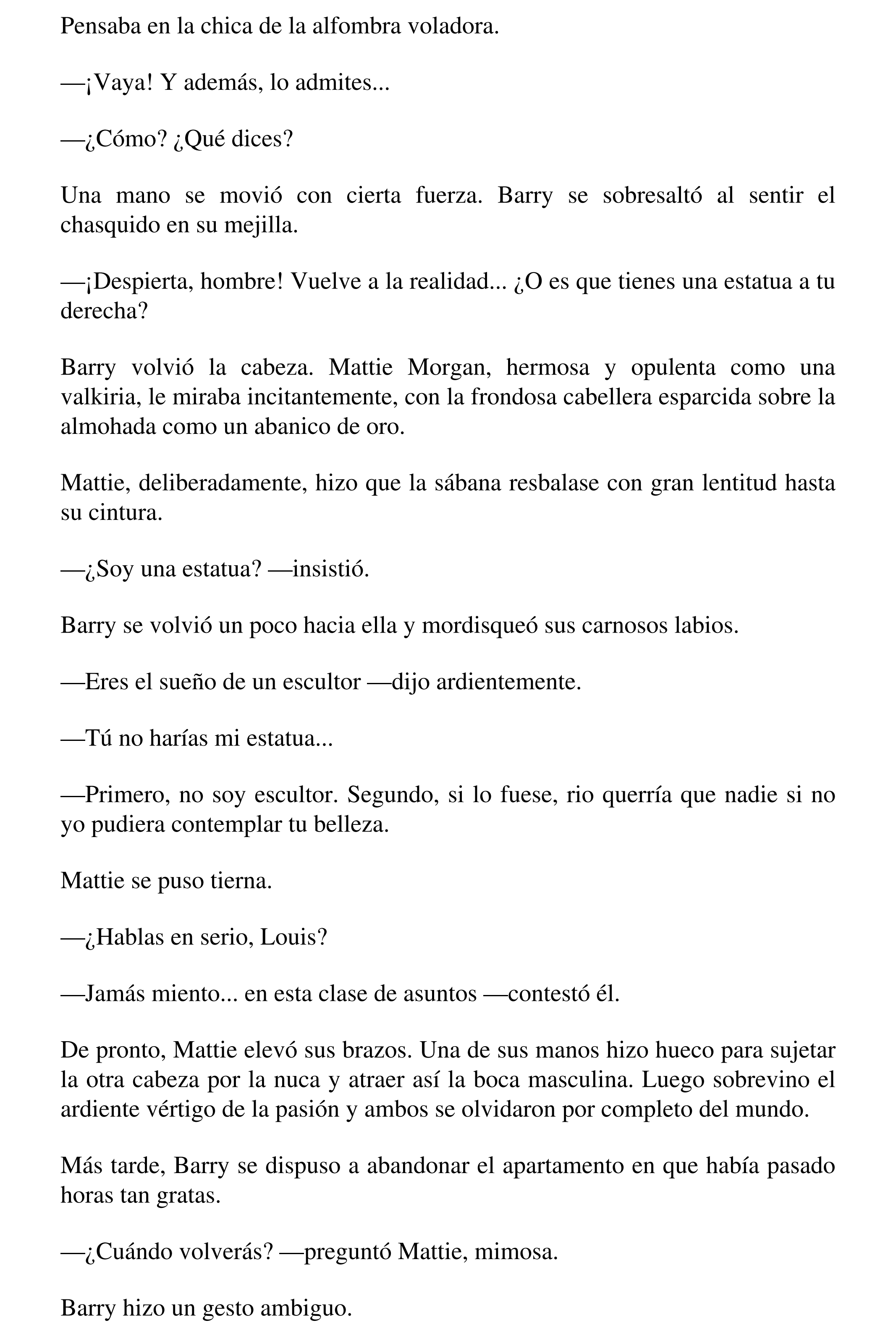
—¡Demonios! Se me hace tarde —exclamó para sí.

Y a fin de no provocar las iras de la persona que le aguardaba, saltó a una acera deslizante, con el fin de llegar a tiempo a la cita convenida.

* * *

—Estás distraído —se quejó la mujer.

—Sí —contestó Barry.



Pensaba en la chica de la alfombra voladora.

—¡Vaya! Y además, lo admites...

—¿Cómo? ¿Qué dices?

Una mano se movió con cierta fuerza. Barry se sobresaltó al sentir el chasquido en su mejilla.

—¡Despierta, hombre! Vuelve a la realidad... ¿O es que tienes una estatua a tu derecha?

Barry volvió la cabeza. Mattie Morgan, hermosa y opulenta como una valkiria, le miraba incitantemente, con la frondosa cabellera esparcida sobre la almohada como un abanico de oro.

Mattie, deliberadamente, hizo que la sábana resbalase con gran lentitud hasta su cintura.

—¿Soy una estatua? —insistió.

Barry se volvió un poco hacia ella y mordisqueó sus carnosos labios.

—Eres el sueño de un escultor —dijo ardientemente.

—Tú no harías mi estatua...

—Primero, no soy escultor. Segundo, si lo fuese, rio querría que nadie si no yo pudiera contemplar tu belleza.

Mattie se puso tierna.

—¿Hablas en serio, Louis?

—Jamás miento... en esta clase de asuntos —contestó él.

De pronto, Mattie elevó sus brazos. Una de sus manos hizo hueco para sujetar la otra cabeza por la nuca y atraer así la boca masculina. Luego sobrevino el ardiente vértigo de la pasión y ambos se olvidaron por completo del mundo.

Más tarde, Barry se dispuso a abandonar el apartamento en que había pasado horas tan gratas.

—¿Cuándo volverás? —preguntó Mattie, mimosa.

Barry hizo un gesto ambiguo.

—Depende de mi trabajo —contestó.

—Procura no cansarte mucho, querido. Ya sabes para quién debes reservar tus energías.

Barry no contestó. De pronto, se había fijado en algo que llamaba extraordinariamente su atención.

La habitación tenía un ventanal que ocupaba casi por completo una de las paredes y llegaba hasta unos sesenta centímetros del suelo. La parte baja del ventanal era una larga repisa en donde había figuritas y chucherías de adorno. Pero los ojos del joven estaban fijos en la extraña piedra de color rojizo, con vetas doradas y verdosas, que había junto a una estatuilla de barro cocido.

La piedra tenía forma aproximadamente oval y medía unos quince centímetros de largo. Su grueso máximo era de nueve o diez centímetros. La superficie, irregular en algunos puntos, resultaba de una absoluta lisura en otros, como si alguien la hubiese sometido a un proceso de pulimentación, que no se hubiera podido terminar.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mattie.

—Nada, estoy mirando esta piedra.

—Bonita, ¿verdad?

—Sí, es muy atractiva. ¿De dónde la has sacado?

—Oh, fue algo casual .. Había salido a podar un ro sal del jardín y la encontré entre el césped... Nunca la había visto... La limpié y pensé que podría servir de adorno... Pero si te gusta, puedes llevártela.

Barry cogió la piedra y la sopesó durante unos segundos. De pronto, notó algo muy extraño.

Aquella piedra desprendía un extraño calor, como si fuese un ser vivo. Barry calculó que la temperatura exterior alcanzaba los 30 ó 32° C, pero no era una temperatura constante, sino que tenía alternativas, como si el calor que desprendía procediese de una fuente intermitente, a intervalos regulares.

De pronto, se volvió hacia Mattie.

—¿Me permites que me la lleve?

—Claro —rió ella—, A ti no te puedo negar nada.

—Quiero estudiarla. Cuando haya terminado, te la devolveré.

Mattie le echó los brazos al cuello para darle el beso de despedida.

—Vuelve tú —dijo apasionadamente.

## CAPITULO II

Aquella noche, en su casa, Barry escuchó un noticiario de sucesos, de los que uno, particularmente, llamó su atención.

Un joven había sido muerto a consecuencia del impacto de un proyectil de origen desconocido, que le había atravesado el cuerpo de parte a parte. La muchacha que le acompañaba en el momento del suceso, sostenía que el asesino era una piedra que se había vengado de los malos tratos infligidos por la víctima. Los médicos que atendían a la joven habían llegado a la conclusión de que la chica había sufrido un terrible «shock» *a* consecuencia de la muerte de su prometido y que la historia que contaba no era sino producto de su imaginación, terriblemente alterada por el sangriento suceso.

El día, pensó Barry, había sido pródigo en incidentes. Primero, había visto a una hurí montar en una alfombra voladora y desaparecer en las alturas, como si fuese la protagonista de uno de los cuentos de *Las mil y una noches.* Luego, la piedra roja, con vetas verdes y oro... y ahora, la extraña noticia del joven asesinado por una piedra enfurecida.

La piedra que se había traído de casa de Mattie estaba allí, en su pequeño laboratorio privado, en un medidor de temperaturas, con cronómetro acoplado, y anotador gráfico de los resultados. Hasta entonces, las indicaciones de la registradora resultaban inmutables.

La piedra alcanzaba en su punto máximo de calor, una temperatura de 32'5° C, y una mínima de 22'4. La gráfica aparecía como una línea ondulada absolutamente regular, con las crestas y los valles invariablemente al mismo nivel. La diferencia de tiempos entre los puntos críticos de temperatura era de dos segundos.

Por tanto, las oscilaciones térmicas se producían a razón de treinta por minuto. «¿Era un ser vivo?», se preguntó.

El analizador primario había dado unos resultados normales: silicio, mica, algo de feldespato, cierta cantidad de óxido de hierro, que le confería el color rojo, una pequeña proporción de cuarzo aurífero, lo que daba el color verde..., pero en cuanto a las vetas doradas, no había resultados.

Era una sustancia desconocida. Barry se preguntó si lo que tenía delante de sí no era una piedra llegada de lejanas regiones de la galaxia, después de un viaje que habría durado tal vez centenares de miles de años.

Al fin, cansado y con la cabeza convertida en un torbellino, llegó a la

conclusión de que lo mejor era echarse a dormir.

Al acostarse, notó una extraña placidez. Sentíase confortado corno jamás lo había estado antes de aquellos momentos.

¿Era, tal vez, influencia de la piedra?

El sueño llegó tranquilamente, con toda naturalidad, contra lo que esperaba, ya que había llegado a sentirse muy excitado en algunos momentos. Todo cuanto había visto y oído durante el día se borró de su mente.

De pronto, cuando ya llevaba durmiendo un largo rato, creyó oír una voz en el interior de su cerebro:

—Alerta, alerta... Estáis en un grave peligro... Alerta, alerta...

Barry continuó durmiendo.

La voz insistió:

—Es preciso encontrar la piedra madre... La piedra madre..., la piedra madre... Alerta, alerta...

Aquella voz parecía llegar de las profundidades del Universo, recorriendo incontables eones de tiempo antes de llegar a su destino. Pero al cabo de un rato, Louis Barry dio media vuelta en la cama y dejó de oír la patética llamada.

Por la mañana, cuando se despertó, no recordaba nada.

Si alguien le hubiera dicho que un misterioso ser había intentado comunicarse con él, tratando de penetrar en su mente, le habría mirado como si se tratase de un loco.

Pero, en cambio, guardaba la piedra que le había dado Mattie Morgan y los someros análisis a que la había sometido le tenían sumamente intrigado.

Barry calculó que había una persona a la cual interesaría notablemente ver la piedra y examinarla con mejores instrumentos y tiempo ilimitado. Usó el videófono para ponerse en contacto con su antiguo profesor de geología, Arthur Z. Stone, pero el contestador automático le dijo que el profesor estaba ausente y que se ignoraba la fecha de su regreso.

A fin de cuentas, no era un asunto que le preocupase excesivamente. Se había levantado demasiado tarde, debido al hecho de acostarse a una hora muy

avanzada, de modo que el desayuno se convirtió en almuerzo.

Como en aquellas fechas tampoco tenía nada urgente que hacer, Barry, al recordar de pronto a la muchacha que volaba en una alfombra, decidió que le gustaría verla de nuevo.

* * *

—El señor, sin duda, desea una alfombra. O tal vez prefiere moqueta en todo el piso de su casa.

Barry levantó una mano.

—Por el momento, no hay deficiencias en la decoración de mi vivienda —dijo —. Solamente quería hacerle unas preguntas, señor...

El vendedor de alfombras puso cara de disgusto en el acto.

—Kernand —contestó un tanto secamente—. ¿De qué se trata?

—Ayer, una joven, vestida como una mujer árabe, le compró una alfombra y salió volando de esta tienda —dijo Barry—. ¿La conocía usted, señor Kernand?

—Por favor... —El vendedor se tapó los ojos con una mano—. No me hable de ese horrible suceso... La policía me ha mareado, acribillándome a preguntas, pero ¿qué culpa tengo yo si una chiflada puede volar en una alfombra, porque carece de la licencia de conducción de aeromóviles?

—Ninguna, en efecto —sonrió Barry—. Entonces, ¿no la conoce usted?

—Nunca la había visto hasta ayer —respondió Kernand, categóricamente—. Y si he de serle sincero, espero no verla nunca más.

—Pues hace mal, porque esa guapa joven podría enseñarle a volar en una alfombra. Imagínese el ahorro que supondría.

El índice del vendedor se tendió autoritariamente hacia la puerta.

—¡Salga! Ese es un incidente que deseo olvidar cuanto antes —exclamó.

Barry hizo un gesto de asentimiento.

—De todos modos, muchas gracias —se despidió cortésmente.

Le hubiera gustado encontrar a la rubia que volaba en una alfombra y

preguntarle cómo lo había conseguido.

Compró un periódico. No había ninguna noticia acerca de la chica, aunque sí una mención del extraño suceso en que había perdido la vida un hombre llamado Phil Doorson.

El forense había hecho la autopsia al cadáver, encontrando que la herida no había sido causada por ningún proyectil conocido. A juzgar por las señales, las causas de la muerte se debían a una piedra disparada por un arma desconocida y con inconcebible rapidez.

Era la tesis que sostenía Betty MacFarlane, única testigo del suceso y prometida de Doorson. Su novio había tropezado con la piedra, y un tanto irritado, la había arrojado contra una roca cercana. Al choque, la piedra se había fragmentado en multitud de pedazos, los que, de pronto, se habían movido con la velocidad del rayo.

Uno de aquellos fragmentos era el causante de la muerte de Doorson. Pero el periodista agregaba que Betty estaba sometida a una intensa terapia en un conocido centro psiquiátrico.

—En resumen, que no la creen —murmuró Barry.

El periódico fue a parar a una papelera y Barry, un tanto decepcionado, continuó su camino.

Por la noche, volvió a llamar al profesor Stone. La respuesta fue análoga a la ya recibida.

En cuanto a la piedra, continuaban produciéndose en ella los extraños fenómenos ya registrados, con una absoluta regularidad que no cesaba un solo instante.

Durante su sueño, Barry no recibió ninguna llamada.

* * *

De pronto, a la madrugada, Barry fue despertado por un ruido insólito de cristales rotos.

Asustado y desconcertado, se levantó de un salto. Después del ruido de vidrios rotos, se produjo otro muy extraño. Era como si alguien hiciese entrechocar dos piedras, sosteniéndolas con ambas manos y moviendo éstas en sentido opuesto.

Encendió la luz y se puso la bata. El ruido procedía de su pequeño laboratorio, al que acudió a la carrera. Movió el interruptor y entonces presenció una escena increíble.

La piedra que le había dado Mattie Morgan flotaba en el aire, moviéndose lentamente en torno a otra que yacía sobre una de las mesas de trabajo. La segunda piedra tenía un color negruzco, con vetas azuladas y su forma era muy irregular, como si hubiese sido arrancada de una cantera a golpes de pico.

De pronto, la piedra roja se lanzó hacia abajo a toda velocidad. La piedra negra se elevó un poco, pero no pudo evitar el impacto, que la arrojó al fondo ,de la estancia, en donde dio varias vueltas antes de detenerse al pie de una de las paredes.

A Barry le recordó un luchador acorralado, incapaz de resistir el ataque de su adversario. La piedra roja se elevó casi hasta el techo, dio unas cuantas vueltas lentamente y, de súbito, volvió a lanzarse contra la otra piedra.

La velocidad de la piedra roja era increíble. El mineral se hizo casi invisible durante una fracción de segundo.

Luego se produjo el choque, que resonó como el estallido de una campana. Barry, asustado, se lanzó al suelo.

Se oyeron unos ruidos horripilantes. Barry oyó también unos zumbidos de tonos muy bajos, casi lamentosos. Algunos cristales saltaron en pedazos.

Al cabo de unos momentos, Barry se atrevió a ponerse en pie. Entonces vio algo que le dejó estupefacto.

La pared opuesta estaba acribillada, como si alguien hubiese disparado un par de escopetas cargadas con perdigones muy gruesos. Barry pudo darse cuenta de que aquellos orificios habían sido causados por los fragmentos de la piedra rota en el choque y cuya velocidad había sido tal, que podía verse lo que había al otro lado del muro.

Durante unos momentos, creyó que estaba soñando. Luego, de pronto, se acordó de su piedra.

¿Era un ser vivo?

Se volvió lentamente. La piedra estaba en el mismo sitio en que la había dejado.

Paso a paso, lleno de aprensiones, se acercó a la mesa y se inclinó un poco.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

Pero casi inmediatamente, se arrepintió de la pregunta.

—Estoy desvariando —masculló, a la vez que se daba una palmada en la cara —. La cena me hizo daño, eso es todo.

Sin embargo, tenía la absoluta seguridad de que allí había ocurrido algo que escapaba por completo a su comprensión.

La enfermera que vigilaba la sala miró con ojos críticos al visitante.

—¿Es usted pariente de la señorita MacFarlane? —preguntó, sin demasiada amabilidad.

—No, simplemente su amigo... Me he enterado de su tragedia y vengo a visitarla. ¿Podré entregarle estas flores?

El lápiz de la enfermera señaló al fondo del corredor.

—Número diecinueve. Sea breve. Diez minutos —dijo escuetamente.

—Gracias, señorita.

Momentos después, Barry se encontraba frente a la paciente. Betsy estaba sentada en un sillón, junto a una ventana, con la vista perdida en el infinito.

—Señorita MacFarlane...

Betsy le miró con indiferencia.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Otro psiquiatra que viene a reconocerme y a declararme incurable?

—Nada de eso, señorita —contestó Barry—. Simplemente, estoy interesado en su caso... Pero permítame que antes de continuar le exprese mi más viva simpatía... He traído unas flores...

El ramo fue a parar al regazo de la muchacha.

—No soy psiquiatra, ni nada que se le parezca —insistió el visitante—. Pero he leído la noticia de lo que le ocurrió al pobre Phil...

—Fue la piedra. Ella lo asesinó. —Betsy inspiró profundamente, a la vez que

sonreía con amargura—. No me cree, ¿verdad?

Barry tenía la cara muy seria.

—Yo la creo, señorita —aseguró—. Tanto más, cuanto que esta madrugada me he visto en una situación muy parecida a la de su prometido.

—¿Cómo?

—Por favor, señorita, cuénteme lo que sucedió. No emplee demasiadas palabras, no será necesario.

—Oh... Phil tropezó con una piedra que apenas se veía... Se enfadó un poco, tenía algo de genio. Agarró la piedra y la arrojó con todas sus fuerzas, haciéndola chocar contra otra que estaba junto al arroyo. Al choque, la piedra se dividió en multitud de trozos que, de repente, salieron disparados contra nosotros. Yo no sé cómo, me agaché un poco, pero el pobre Phil no...

La voz de Betsy se quebró súbitamente. Barry se inclinó hacia ella y tomó sus manos con gesto afectuoso.

—No es necesario que siga —dijo—. Señorita MacFarlane, quiero que sepa una cosa: yo la creo a usted.

—Sí, y otros piensan que estoy chiflada.

—Esto se arreglará muy pronto, ya lo verá. Ahora,

por favor, ¿puede indicarme el lugar donde se produjo el suceso? Con el máximo de detalles, se lo ruego.

Barry tomó algunas anotaciones en una libreta que había llevado prevenida. Luego se despidió de Betsy con una cálida sonrisa.

—No sabe cuánto le agradezco... Ah, una cosa, ¿recuerda el color de la piedra?

—Negro, o por lo menos, muy oscuro, señor Barry.

El visitante hizo un gesto de asentimiento.

—Gracias, señorita —dijo.

# CAPITULO III

Desde el aire, mientras evolucionaba lentamente a una docena de metros de altura, Barry observó los detalles del suelo, preguntándose, con cierta perplejidad, por qué se interesaba por un asunto que, bien mirado, debía quedar para otros. Pero probablemente, de no haber ocurrido aquel extraño suceso en su laboratorio, no estaría ahora allí, tras la visita a Betsy MacFarlane, fue la conclusión a que llegó, después de profundas reflexiones.

Había algo que seguía intrigándole de una forma casi absoluta. La piedra roja, ¿era un ser vivo?

La razón le decía que era absolutamente imposible que un mineral fuese un ser viviente.

—En la Tierra, por supuesto, los minerales no son seres vivos. Pero *¿y* en otros planetas?

¿Cuáles eran esos planetas?

De repente, oyó un fuerte chasquido en la base de su aeromóvil. En el mismo instante, percibió una aguda sensación de quemadura en la parte más carnosa de la pantorrilla derecha.

Dentro del aparato sonaron unos ruidos y crujidos nada consoladores. Repentinamente, el aeromóvil empezó a caer.

Barry manejó desesperadamente los controles, con el único resultado de conseguir que la caída se produjese oblicuamente, lo cual atenuó el golpe de forma considerable. El aeromóvil chocó contra el suelo, rebotó un par de veces, resbaló media docena de metros y acabó por detenerse.

Durante unos segundos, Barry permaneció inmóvil en su asiento, preguntándose qué había podido ocurrirle. El aeromóvil había sido sometido a la revisión reglamentaria semestral no hacía aún dos semanas y todos sus mecanismos se hallaban en perfecto estado. Por otra parte, Barry se hallaba en un paraje solitario y no creía tener enemigos capaces de dispararle con algún arma de grueso calibre.

La pierna le dolía. Abrió uno de los armaritos y sacó la bolsa de primeros auxilios. Cojeando, salió fuera del aparato y se sentó sobre la hierba. Sí, había sangre en la pernera del pantalón, que rasgó inmediatamente con ayuda de las tijeras del botiquín de socorro.

Luego extrajo un tubo de celulina hemostática. La herida consistía en una rozadura oblicua, en sentido ascendente, de unos cuatro centímetros de largo, por medio de ancho y otro tanto de profundidad. La pasta que brotaba de la boca del tubo cortó la hemorragia e*n* el acto. Luego, los componentes de la celulina servirían tanto para la desinfección de la herida, c.omo para la regeneración de los tejidos dañados.

La celulina, además, llevaba un componente analgésico, con lo que el dolor desapareció en pocos momentos. Al terminar, Barry se puso en pie y caminó hacia el aeromóvil.

En la parte delantera, muy cerca del parabrisas, había un pequeño orificio de forma irregular y unos dos centímetros de diámetro. Barry se estremeció al pensar en lo que había podido sucederle si aquel extraño proyectil hubiese seguido otra trayectoria.

Dada la velocidad que llevaba, podía haberle amputado o, por lo menos, destrozado la pierna..., o tal vez le hubiera atravesado el cuerpo. Aquellos proyectiles, aparte de moverse con unas velocidades realmente exorbitantes, estaban animados por una fuerza misteriosa, ante la cual no había obstáculos de ninguna clase.

Luego paseó la vista por el lugar en que se hallaba. Sí, allí estaba la piedra que le había descrito Betsy.

En el aeromóvil había un analizador portátil. La roca era grande, redondeada, y sobresalía del suelo unos ochenta centímetros. Tenía una base vagamente cónica y su circunferencia era de dos metros.

En la superficie grisácea de la roca se observaba claramente una mancha negruzca, en forma de estrella. Era la señal del impacto de la piedra lanzada por el enojado Phil Doorson.

Barry situó el analizador sobre un trípode. Los datos serían registrados en una cinta perforada, que luego traduciría la computadora que tenía en la casa. Además, había llevado consigo una cámara fotográfica, con la cual tomó varias placas de la mancha negra, desde distintos ángulos.

En el analizador se encendió de pronto una lámpara amarilla, que oscilaba regularmente. Barry comprendió que la máquina había terminado ya su tarea. Entonces se dispuso a recoger los trebejos, pero de pronto se sintió acometido por una idea.

Alargó la mano hacia la roca. Quería tocar la mancha, para saber qué se sentía al tacto. Súbitamente, oyó una voz imperativa a sus espaldas:

—¡No, no! ¡No toque esa piedra!

Atónito, Barry giró en redondo. Su asombro subió de punto al darle cuenta de que tenía frente a sí nada menos que a la chica que volaba en una alfombra persa.

Durante unos segundos, Barry permaneció con la boca abierta, como si se sintiese incapaz de dar crédito a sus ojos. Luego, dijo:

—Usted...

Ella sonrió hechiceramente.

—¿Me conoce?

—La vi hace un par de días, cuando compró una alfombra y se montó en ella porque decía carecer de licencia de conducción de aeromóviles... Oh, perdón, me llamo Barry, Louis Barry.

—Yo soy Adelphia T —dijo la chica—. Encantada, Louis.

—Mucho gusto... Oiga, esa T, ¿qué significa?

—Nada, es mi apellido. Sólo una T. Lo considero suficiente.

—T y E —murmuró Barry—. Bueno, si usted lo dice... ¿Cómo ha venido hasta aquí, Adelphia?

—En mi alfombra, claro. Es mi único medio de locomoción —contestó la chica, con encantadora sonrisa.

—Bueno, hoy día, se ven cosas la mar de raras... Pero las ropas que lleva son distintas de las del otro día.

—Sí, son un poco distintas.

Adelphia vestía ahora una blusa, muy ajustada a un pecho juvenil, de firmes curvas, cazadora y pantalones largos, con zapatos cómodos, estilo mocasín. En torno a la cintura, llevaba un ancho cinturón, con una enorme hebilla metálica, en cuya superficie se divisaban unos extraños relieves.

La chica se sonrojó un tanto al darse cuenta de que Barry la miraba con gran intensidad. Barry, por su parte, se turbó también.

—Ejem... Adelphia, antes dijo que no debía tocar esa roca. ¿Por qué, si puede saberse? —preguntó.

—Podría resultar peligroso —contestó ella. De pronto, descolgó el bolso que pendía de su hombro izquierdo y extrajo de él un aparatito semejante a una linterna eléctrica, uno de cuyos extremos paseó circularmente a pocos centímetros de la mancha negruzca—. Sí, hice bien en prohibirle tocar esta mancha —añadió—. Se le hubieran abrasado las yemas de los dedos.

—¿Radiactividad?

—No. Una fuente de calor... —Adelphia se mordió los labios—. De todos modos, el calor se disipará en pocos días.

Bruscamente, se volvió hacia Barry.

—¿Por qué está aquí? —preguntó.

—Me enteré de lo que le sucedió hace días a un pobre muchacho y sentí curiosidad. A la joven que le acompañaba la han tomado por loca. Nadie cree que su prometido murió a consecuencia de haber sido herido por una piedra.

Los ojos de Adelphia se entornaron.

—Siga, Louis —indicó.

—El tropezó con una piedra y la arrojó contra esta roca. Entonces, la piedra se rompió, como si hiciese explosión, pero todos los fragmentos, aproximadamente, fueron despedidos en la misma dirección. Uno de ellos le atravesó el tórax, causándole la muerte en pocos instantes.

Hubo un momento de silencio. Barry apreció que

Adelphia contemplaba la piedra con ojos críticos. De pronto, se volvió de espaldas y miró en la dirección supuesta en que se habían movido los fragmentos de la piedra lanzada por Phil Doorson.

—Está allí, tiene que estar allí... —murmuró.

—¿Quién? —preguntó Barry, sumamente intrigado.

Adelphia sacudió la cabeza y sus rubios cabellos se agitaron vivamente.

—¿Quién es usted, Louis? —inquirió.

—¿Yo? Bueno, pues.. Trabajo en una empresa de prospecciones mineras. Soy geólogo, aunque ahora estoy de vacaciones. No hay mucho trabajo y...

—Geólogo, ¿eh? Usted podría resultar interesante para mí, Louis.

Barry tosió.

—Ejem, no lo dudo.

—Pero no en el sentido que se ha creído —cortó ella, vivamente—. No me tome por una presa fácil.

—Las presas fáciles nunca me han gustado.

Adelphia sonrió.

—Usted ya me ha entendido —dijo-—. Cuando dije que podría resultar interesante para mí, me refería a su profesión. ¿Le gustaría trabajar para mí?

—Tengo ya un empleo...

—Despídase temporalmente. ¿Cuánto gana en su compañía?

—Dos mil ochocientos mensuales...

—Le pagaré el doble, más lo correspondiente a seguros sociales, retiro e impuestos, cantidades que correrán de mi cuenta. ¿Hace?

Barry parpadeó.

—Adelphia, ¿qué es lo que pretende usted? —quiso saber.

Ella movió la cabeza hacia la roca.

—Evitar un grave peligro a una gran cantidad de terrestres —contestó.

—¡Qué tontería!

—No se trata de ninguna tontería. Esa piedra, la que mató a Phil Doorson, era un ser vivo.

* * *

Durante unos segundos, Barry contempló a la muchacha sin pestañear.

¿Bromeaba Adelphia?

Pero, de pronto, recordó el extraño combate entre las dos piedras, sucedido en su casa, y recordó también las observaciones realizadas acerca de la piedra que le había dado Mattie Morgan.

El mismo había llegado a pensar que aquellas piedras eran seres vivientes. Las palabras de Adelphia coincidían plenamente con sus suposiciones.

—Estoy pensando en que sabe algo más de lo que aparenta —dijo la chica, rompiendo bruscamente el silencio.

—Sí —admitió él—. Unos seres vivientes, que son minerales... Entonces, pertenecen a la química del silicio.

—Como nosotros, los seres humanos y los animales comunes, pertenecemos a la química del carbono. Aunque, como no debe ignorar, hay moluscos en cuyo esqueleto entra una buena parte de silicio, en lugar de calcio.

—Sí, las diatomeas, unos animales minúsculos, que existen en gran cantidad. El «kieselguhr» o tierra de infusorios no es sino el conjunto de millones y millones de esqueletos de diatomeas, casi microscópicos. Pero puede decirse que son la excepción entre los seres vivientes de la Tierra.

—Justamente —admitió Adelphia—. Sin embargo, no debemos olvidar que las formas de vida en nuestro Universo son infinitas y que hay seres que no necesitan para nada del oxígeno, como sucede con esas piedras.

—Las cuales, son hostiles a nosotros.

—En su mayor parte.

—¿Cómo sabe tantas cosas de esas piedras? —se asombró Barry.

Adelphia sonrió enigmáticamente.

—Tendría que regresar a la ciudad —contestó, evasiva—. He de hacer algunas cosas...

—Lo siento mucho, pero no puedo llevarla en mi aeromóvil. Está averiado.

—¿Qué le ha pasado?

—Ahora empiezo a pensar en el ataque de una de esas piedras vivas —respondió Barry—. Incluso me hirió en la pierna, aunque, por fortuna, no ha sido nada grave.

Adelphia caminó vivamente hacia el aparato y examinó con gran curiosidad el agujero de la cubierta superior.

—El ataque se produjo de abajo arriba —dictaminó.

—A menos que la piedra cayera del cielo...

—No, los bordes del orificio indican claramente que salió por aquí. —La chica se volvió hacia Barry—. ¿Cuándo le sucedió?

—Bueno, yo estaba a unos diez o doce metros de altura, casi sobre esta roca, tratando de localizar el sitio donde murió Doorson. Entonces, sentí un ruido, la pierna empezó a dolerme... y el aparato cayó, eso es todo. Cuando llegue a la ciudad, pediré una grúa para que lo remolque y lo reparen en el taller.

—Hay casi veinticinco kilómetros —sonrió Adelphia—. ¿Irá a pie?

—La aerorruta más próxima está solamente a una hora de marcha. Buscaré un poste videofónico y pediré...

Adelphia hizo un gesto con la mano.

—No se moleste, hombre —exclamó alegremente—. ¿Ya no recuerda mi alfombra voladora?

Barry respingó.

—Oiga, no pretenderá que yo...

—A menos que insista en marcharse a pie, claro.

Barry lanzó una mirada hacia la alfombra, una punta de la cual se divisaba al otro lado de unos arbustos.

—Oiga... ¿tiene usted permiso de conducción de alfombras voladoras?

Adelphia se echó a reír.

—El mes pasado gané el XXVIII Campeonato Mundial de carreras de alfombras voladoras, sobre una distancia de ochocientos kilómetros..

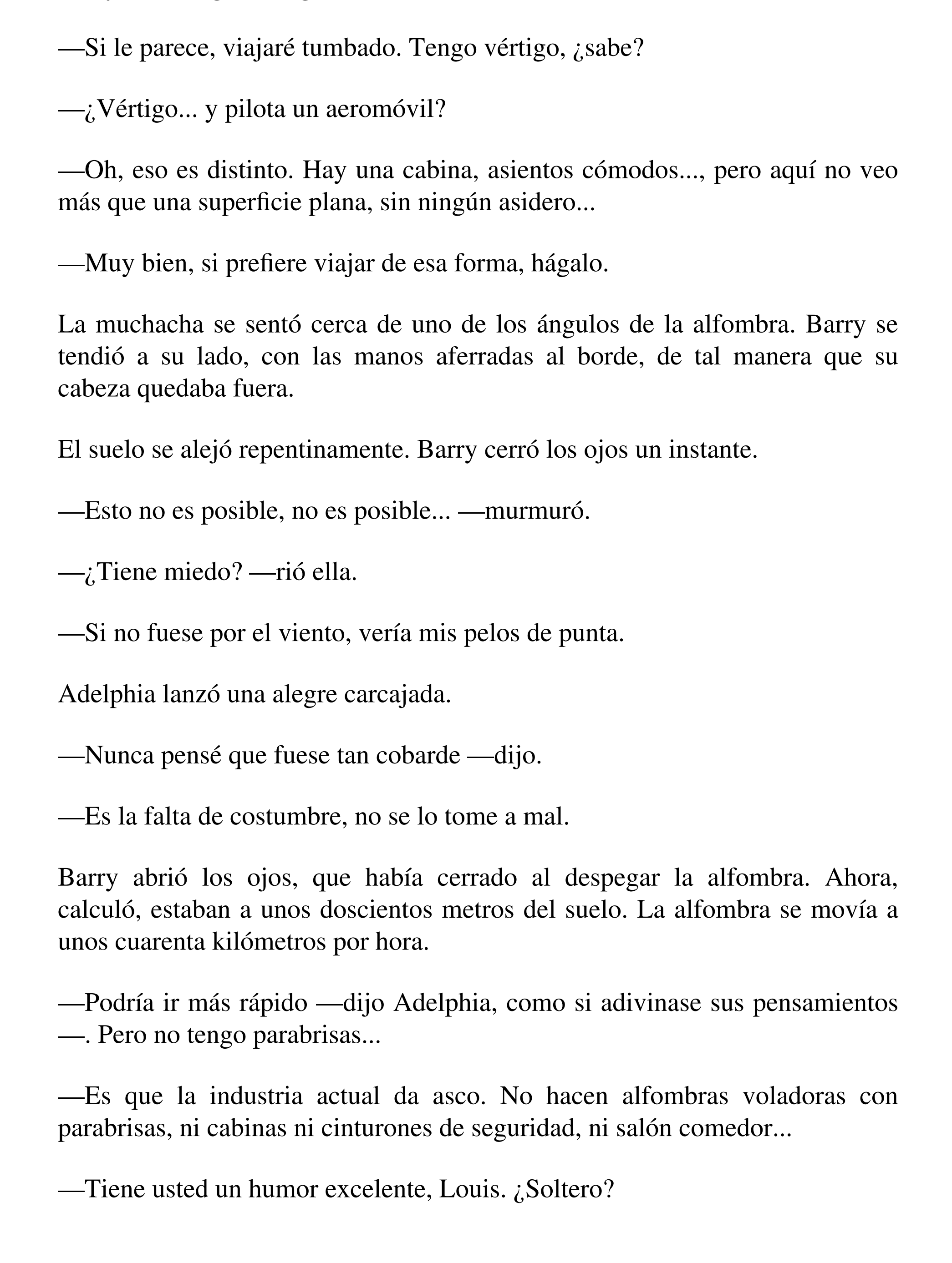
—Las Quinientas Millas de Alfombrópolis.

—Exacto. —Adelphia se apoderó de uno de los brazos del joven—. Venga, Louis.

Barry se dejó llevar.

«¿Estoy soñando?», pensaba.

# CAPITULO IV



—Siéntese aquí, a mi lado —dijo Adelphia.

Barry hizo un gesto negativo.

—Si le parece, viajaré tumbado. Tengo vértigo, ¿sabe?

—¿Vértigo... y pilota un aeromóvil?

—Oh, eso es distinto. Hay una cabina, asientos cómodos..., pero aquí no veo más que una superficie plana, sin ningún asidero...

—Muy bien, si prefiere viajar de esa forma, hágalo.

La muchacha se sentó cerca de uno de los ángulos de la alfombra. Barry se tendió a su lado, con las manos aferradas al borde, de tal manera que su cabeza quedaba fuera.

El suelo se alejó repentinamente. Barry cerró los ojos un instante.

—Esto no es posible, no es posible... —murmuró.

—¿Tiene miedo? —rió ella.

—Si no fuese por el viento, vería mis pelos de punta.

Adelphia lanzó una alegre carcajada.

—Nunca pensé que fuese tan cobarde —dijo.

—Es la falta de costumbre, no se lo tome a mal.

Barry abrió los ojos, que había cerrado al despegar la alfombra. Ahora, calculó, estaban a unos doscientos metros del suelo. La alfombra se movía a unos cuarenta kilómetros por hora.

—Podría ir más rápido —dijo Adelphia, como si adivinase sus pensamientos —. Pero no tengo parabrisas...

—Es que la industria actual da asco. No hacen alfombras voladoras con parabrisas, ni cabinas ni cinturones de seguridad, ni salón comedor...

—Tiene usted un humor excelente, Louis. ¿Soltero?

—Sí, señorita.

—Es muy guapo. Pronto se casará, supongo. —Hasta ahora, no tengo esas intenciones. Me encuentro bien como estoy.

—No llegue soltero a viejo. Da muy malos resultados.

—¿Quién se lo ha dicho? Usted no lo sabe por experiencia. ..

—Oh, es lo que se dice corrientemente. —Adelphia, estamos hablando de tonterías, cuando tenemos entre manos un asunto muy grave. ¿Qué sabe usted de las piedras vivientes?

—Pues... lo que sé, como usted, no es nada bueno.

Barry se irguió para mirarla.

—A ver, explíquese...

Pero había hecho un gesto brusco, porque, al mismo tiempo, se volvía, sin darse cuenta de que estaba junto al borde de la alfombra, y la parte inferior de su cuerpo quedó al aire.

—¡Eh, que me caigo! —chilló, despavorido.

Adelphia alargó la mano izquierda y le sujetó por el cuello de la camisa.

—Vamos, vuelva a bordo y no haga tonterías —dijo, en tono de reproche—. Siéntese a mi lado y así viajará con más comodidad.

Haciendo grandes esfuerzos, Barry consiguió situarse junto a la muchacha. Sacó un pañuelo, pero vio que no tenía necesidad de secarse el sudor; de ello se encargaba el viento desplazado por la marcha.

—Me he visto hecho pedacitos...

—De todos modos, si hubiese salido por completo de la alfombra, yo habría descendido en picado para recogerle.

—Claro, claro, esta alfombra es un avión...

Adelphia se sulfuró.

—No me cree, ¿eh?

De pronto, la alfombra se lanzó hacia abajo con aterradora velocidad. Barry,

lleno de pánico, chilló, a la vez que se agarraba a la bella conductora.

Cinco segundos más tarde, la alfombra ascendió a toda velocidad. Luego ejecutó un impecable *looping* o círculo completo, en un plano vertical. Barry se vio unos instantes con el suelo sobre su cabeza y empezó a sentirse mareado.

—Pare, pare... Por favor...

La alfombra se niveló.

—Ahora ya no dudará de mi habilidad, supongo —dijo Adelphia.

—La creo, la creo... pero no lo repita, se lo ruego.

De súbito, Barry lanzó un chillido:

—¡Ese avión! ¡Se nos echa encima!

A menos de dos mil metros de distancia, la enorme mole de un avión cohete, cuyo tren de aterrizaje aparecía ya desplegado, se veía avanzar en la misma dirección a la que seguían los dos pasajeros de la alfombra voladora.

* * *

El avión regresaba de un viaje regular a uno de los satélites habitados del planeta. Para el piloto y su copiloto, el vuelo era una operación completamente rutinaria. Estaban en sus puestos porque así lo exigían los reglamentos, no porque fuesen necesarios en el gobierno de la nave. Realmente, el aparato habría podido volar y aterrizar solo, por instrumentos, sin necesidad de que interviniese la mano del hombre.

Por otra parte, el avión cohete necesitaba de alas para ayuda en el aterrizaje, ya que su peso era excesivo para que pudieran actuar con toda efectividad los generadores antigravedad. En aquellos momentos, sustentado a medias por las salas y los motores antigravitatorios volaba a unos cuatrocientos kilómetros por hora.

El copiloto contemplaba distraídamente el paisaje. De pronto, frente a él, vio algo que llamó un tanto su atención.

—Eh, Jack, ten cuidado. Veo una alfombra voladora con dos personas a bordo.

—No te preocupes —contestó el piloto—; no hay riesgo de colisión.

Bruscamente, saltó en su asiento.

—¡Has dicho una alfombra voladora! —chilló.

—Mírala, ahí la tienes —contestó el copiloto, a la vez que señalaba la alfombra, a menos de cien metros de distancia de la punta del ala derecha.

Los ojos del piloto se desorbitaron.

Adelphia agitó la mano amablemente en señal de saludo. El copiloto correspondió con un gesto análogo. Luego se desplomó en su asiento.

El piloto había conservado, sin embargo, la serenidad suficiente para comunicar al aeropuerto lo que había ocurrido. Cuando el avión se hubo parado sobre la pista de despegue, piloto y copiloto se vieron rodeados por una multitud de hombres vestidos de blanco, que los condujeron en volandas hasta una aeroambulancia a pesar de sus protestas. Estas protestas cesaron muy pronto, cuando alguien les aplicó sucesivamente sendas inyecciones de narcótico.

El jefe de vuelo se sentía indignado.

—Esos tipos se han emborrachado abyectamente y haré que los expulsen. ¡Alfombras voladoras! —bufó—. ¿No se les podía haber ocurrido otra cosa?

Mientras, Adelphia y Barry continuaban su vuelo. Al fin, la muchacha hizo descender la alfombra en las inmediaciones de la ciudad.

—Allí tiene un poste videofónico y podrá llamar a un taxi —indicó.

—¿Adonde se va usted? —preguntó Barry.

Adelphia sonrió maliciosamente.

—Tengo su dirección. Ya le llamaré o iré a visitarle —contestó.

—Pero usted no me ha dado sus señas...

—Vivo en una nube —contestó la chica.

Y, sentándose de nuevo en la alfombra, hizo un gesto con la mano y se elevó casi verticalmente, acelerando a cada segundo que pasaba. Barry alzó la cabeza gradualmente, a fin de seguir con la vista aquel insólito vehículo aéreo. Al fin dejó de verlo.

Luego, lentamente, un tanto frustrado, se dirigió hacia el poste videofónico.

Tenía que pedir un taxi y una grúa aérea que fuese a recoger el aeromóvil estropeado.

* * *



El hombre entró en el mostrador y se encaramó sobre un taburete.

—Dame algo de beber, Andy —pidió displicentemente.

—Hoy no pides champaña, ¿eh? —sonrió el *barman.*

Dude Vronston hizo una mueca.

—Los negocios no marchan bien —dijo.

Andy llenó un vaso y lo colocó delante del único cliente que tenía en aquellos momentos. Vronston tomó un trago y, entonces, de repente, se fijó en el extraño pedrusco que había sobre el mostrador.

—¿Qué es eso, un pisapapeles?

—Lo trajo un cliente. —Andy se entretenía frotando un vaso con un paño—. Dijo que había al menos dos «garants» en oro. Le di un par de tragos a cuenta.

—Eso no es oro ni diablos que se le parezca, Andy.

—Sí, ya lo pensé, pero era un viejo conocido y no iba a negarle crédito. Ni a ti tampoco, ¿verdad?

—Yo tengo todavía algo de dinero. Aunque, desde luego, te agradecería si supieras de un trabajito.

Andy ladeó la boca.

—La cosa no está ahora nada bien —contestó disgustadamente—. La gente se ha vuelto de un honrado que da asco.

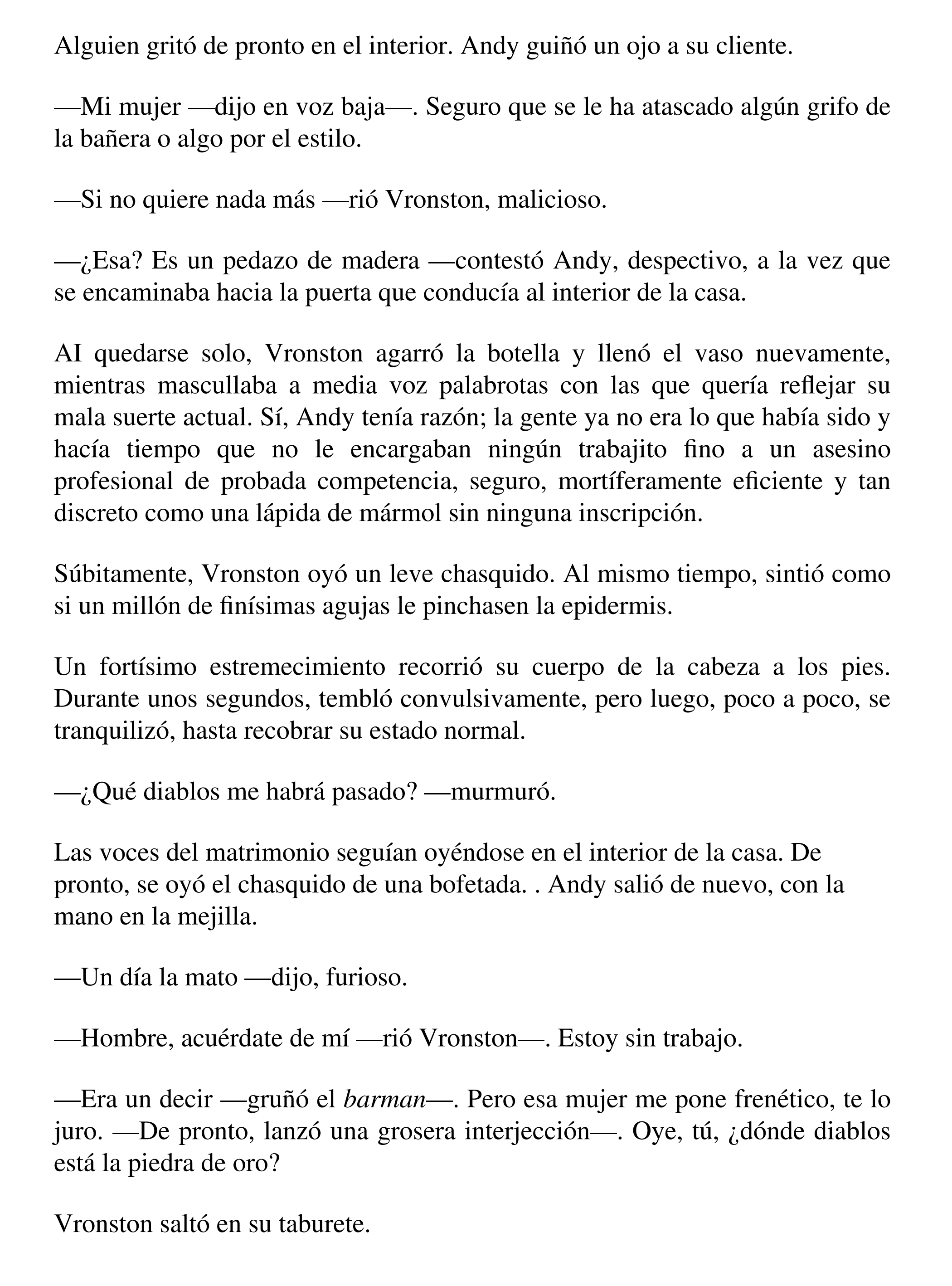
—Sí, los viejos tiempos ya no volverán —suspiró Vronston—. Ahora, cada cual se hace sus trabajos, sin contratar a verdaderos expertos... Claro que así íes luce a ellos; en seguida los atrapan y... Total, por ahorrarse unos cochinos cientos de «garants», y lo que es peor todavía, se ganan un encierro de por vida. En cambio, conmigo, la seguridad y la discreción están garantizadas totalmente... Bueno, tú ya me conoces bien, Andy, y sabes que nunca he defraudado a quien me contrataba...

—Eso sí es verdad —reconoció el *barman*—. De todos modos, descuida;

tendré los oídos bien abiertos y si capto algo, ya te lo comunicaré.

—Por supuesto, tendrás tu comisión.

—Claro.



Alguien gritó de pronto en el interior. Andy guiñó un ojo a su cliente.

—Mi mujer —dijo en voz baja—. Seguro que se le ha atascado algún grifo de la bañera o algo por el estilo.

—Si no quiere nada más —rió Vronston, malicioso.

—¿Esa? Es un pedazo de madera —contestó Andy, despectivo, a la vez que se encaminaba hacia la puerta que conducía al interior de la casa.

Al quedarse solo, Vronston agarró la botella y llenó el vaso nuevamente, mientras mascullaba a media voz palabrotas con las que quería reflejar su mala suerte actual. Sí, Andy tenía razón; la gente ya no era lo que había sido y hacía tiempo que no le encargaban ningún trabajito fino a un asesino profesional de probada competencia, seguro, mortíferamente eficiente y tan discreto como una lápida de mármol sin ninguna inscripción.

Súbitamente, Vronston oyó un leve chasquido. Al mismo tiempo, sintió como si un millón de finísimas agujas le pinchasen la epidermis.

Un fortísimo estremecimiento recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies. Durante unos segundos, tembló convulsivamente, pero luego, poco a poco, se tranquilizó, hasta recobrar su estado normal.

—¿Qué diablos me habrá pasado? —murmuró.

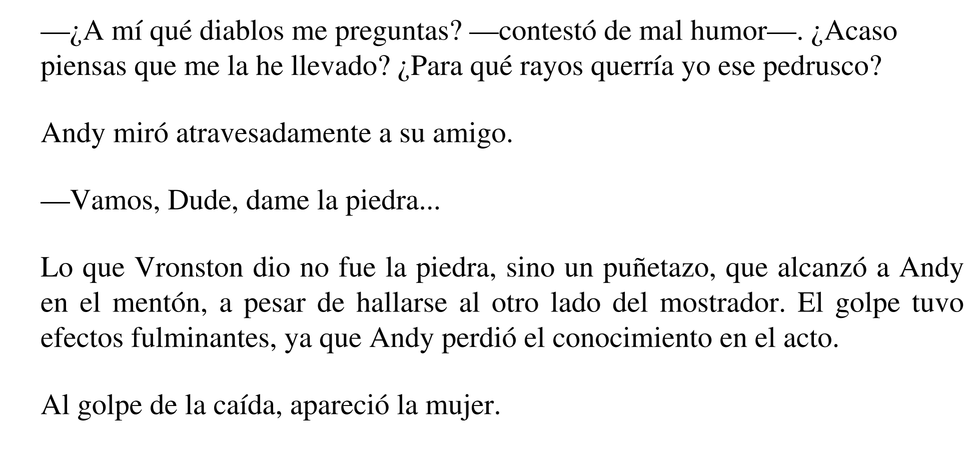
Las voces del matrimonio seguían oyéndose en el interior de la casa. De pronto, se oyó el chasquido de una bofetada. . Andy salió de nuevo, con la mano en la mejilla.

—Un día la mato —dijo, furioso.

—Hombre, acuérdate de mí —rió Vronston—. Estoy sin trabajo.

—Era un decir —gruñó el *barman*—. Pero esa mujer me pone frenético, te lo juro. —De pronto, lanzó una grosera interjección—. Oye, tú, ¿dónde diablos está la piedra de oro?

Vronston saltó en su taburete.



—¿A mí qué diablos me preguntas? —contestó de mal humor—. ¿Acaso piensas que me la he llevado? ¿Para qué rayos querría yo ese pedrusco?

Andy miró atravesadamente a su amigo.

—Vamos, Dude, dame la piedra...

Lo que Vronston dio no fue la piedra, sino un puñetazo, que alcanzó a Andy en el mentón, a pesar de hallarse al otro lado del mostrador. El golpe tuvo efectos fulminantes, ya que Andy perdió el conocimiento en el acto.

Al golpe de la caída, apareció la mujer.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

Vronston estaba frotándose los nudillos.

—Nada —rezongó—. Tu marido me acusó de ladrón. Había aquí una piedra y...

—Ah, la maldita piedra. Bueno si te la has llevado, no me importa; a mí me ponía nerviosa cada vez que la veía...

De pronto, la esposa de Andy miró al hombre que estaba al otro lado de la barra. Dude Vronston no había cumplido todavía los cuarenta años y ofrecía un aspecto infinitamente mejor que el tipo que yacía inconsciente al pie del mostrador, gordo, calvo, y con los pelos del pecho asomando por el escote de la grasienta camiseta.

A su vez, Vronston contempló a la esposa de Andy, Perla de nombre. Era una mujer de unos treinta y cinco años, guapa, aunque un tanto basta de facciones, pero de grandes pechos y amplias caderas, todavía muy apetitosa, según para qué clase de individuos.

Vronston sonrió.

Perla sonrió también.

—Parece que no estás en muy buenas relaciones con tu marido —dijo él.

—No. —Perla mordisqueó su propio pulgar, con los labios muy abiertos—. El negocio es mío, figura a mi nombre.

—Entonces, si te quedases viuda, serías la propietaria.

—Sí, Dude.

Vronston empezó a pensar que su amigo había mentido. No, Perla no era un pedazo de madera.

Suspiró,

—Haré lo que pueda —dijo, adivinando los pensamientos de la mujer.

—Con discreción. Dude.

—Seguro, nena.,

Vronston pasó al otro lado del mostrador y agarró los pies de su amigo.

## CAPITULO V

—¿Eres un ser vivo? ¡Contéstame!

Sentado frente a la piedra, Louis Barry repitió la pregunta un par de veces más. Luego, con aire de cansancio, se puso en pie y vertió café en una taza.

Su mente era un puro torbellino.

¿Seres minerales vivos?

¿Qué clase de animales eran? Pero si tenían inteligencia, podía considerárseles como personas.

—Un hombre mineral, una mujer mineral...

Tomó el café lentamente, a pequeños sorbitos. Su vista estaba fija en la multitud de agujeros abiertos en la pared por la piedra fragmentada en la lucha sostenida contra su congénere mineral de color rojo.

De pronto, recordó algo.

Apuró el café y se acercó al videófono. Segundos después, escuchaba una voz mecánica:

—El profesor Stone está ausente... El profesor Stone está ausente...

Barry cerró el contacto con un ademán disgustado. ¿Adónde diablos podía haberse marchado Stone?

Las ausencias del profesor, aparte de no ser frecuentes, tenían como característica el hecho de que siempre dejaba la indicación del lugar en que se hallaba y la hora o fecha aproximada en que regresaría. Pero ahora no sucedía así. ¿Por qué?

Barry conocía al profesor de sus tiempos de estudiante. El profesor Stone, cuyo apellido había sido origen de innumerables bromas entre sus alumnos (Stone: Piedra), era un hombre competentísimo en su especialidad, uno de los mejores geólogos del mundo, autor, además de una atrevida tesis.

En algún lugar del universo, podían existir seres de la química del silicio, esto es, animales o personas en donde los minerales podían constituir la totalidad o, al menos, la mayor parte de su organismo. Pero era una tesis más bien para eruditos y profesionales, por lo que no había calado en el gran público.

Y ahora que tal vez podían confirmarse las osadas hipótesis del profesor, había desaparecido sin dejar rastro.

De pronto, Barry concibió una sospecha.

Stone era un hombre joven todavía, ya que no había cumplido aún los cincuenta años. Se conservaba muy bien, con un vigor y una fortaleza poco comunes en un hombre de su edad. Y, además, era bastante apuesto.

Barry recordaba mucho a las alumnas que se enamoraban indefectiblemente del gallardo profesor de Geología. ¿No podía suceder que Stone hubiese sido «capturado» por unos bellos ojos y un talle cimbreante? Porque, también ello entraba en sus recuerdos, Stone no había sido jamás indiferente a los encantos del sexo opuesto, aunque, eso sí, discreto, nunca había querido compromisos con sus discípulas. Pero más de una vez había sido visto en compañía de hermosas mujeres, las cuales no tenían nada que ver con la ciencia.

«Andará liado con alguna prójima, bien escondido... y, qué diablos, le alabo el gusto», pensó.

Luego se enfrentó de nuevo con la piedra roja.

—¿Por qué no me contestas, eh?

Barry se pasó una mano por la cara.

—Voy a dejar esto o me volveré loco —rezongó.

Apagó la luz del laboratorio y se encaminó a su dormitorio. Mientras se desvestía, pensó en Adelphia.

—Adelphia T. Vaya un apellido... Y, además, vive en una nube, como si fuese un hada...

De pronto recordó que Adelphia era un ser de carne y hueso. Lo sabía muy bien, porque se había agarrado a ella cuando estuvo a punto de caerse de la alfombra voladora.

—Una nube... Un satélite artificial privado.

Sí, eso tenía que ser, ya que había muchísimas personas que disponían de sus propios satélites. Claro que aún quedaba por resolver el problema de viajar por el espacio sin traje de vacío. Pero después de lo que había visto, ya no tenía la menor duda de que era un problema que Adelphia habría sabido resolver sin dificultades.

Apagó la luz y cerró los ojos.

Una voz llegó mucho más tarde a su mente:

—Alerta, alerta... Estáis en un grave peligro... Hay que encontrar la piedra madre...

—La piedra madre...

—La piedra madre...

Barry dio media vuelta y continuó durmiendo.

Súbitamente, creyó oír un agudo grito de aviso:

—¡Despierta! ¡Alguien está entrando en tu casa!

Barry se sentó de golpe en la cama. Oyó un leve ruidito. Un intruso estaba abriendo alguna puerta.

En la oscuridad, Barry tanteó el cajón de la mesilla de noche, donde guardaba un revólver. Silenciosamente, abandonó la cama y se arrimó a una pared.

La puerta del dormitorio se abrió muy despacio.

—Estoy despierto y tengo una pistola en la mano —anunció Barry, a la vez que apretaba el gatillo.

Tiró al aire, para asustar al intruso, ya que no quería matar, y lo consiguió, porque el sujeto dio media vuelta y escapó a todo correr.

Mientras corría frenéticamente, Dude Vronston, desconcertado, se hizo una pregunta:

—Y yo, ¿por qué diablos he tenido que venir a «apiolar» a este tipo, si nadie me lo ha mandado?

Cuando estuvo a suficiente distancia de la casa, moderó su paso.

Sonrió. Perla le aguardaba.

Mientras, Barry se enfrentaba con un par de policías de la ronda nocturna, a los cuales explicó lo sucedido. Sí, la puerta de la casa estaba abierta y, en el pequeño jardín contiguo, se veían unas pisadas. Pero el disparo de aviso había espantado al presunto ladrón, del que no se consiguió encontrar el menor rastro.

Cuando los policías se marcharon, Barry fue al laboratorio.

Respiró, satisfecho.

La piedra roja continuaba en el mismo sitio. Afectuosamente, le dio un par de palmadas.

—Me alegro de que sigas aquí —dijo.

¿Procedía aquel extraño aviso de la piedra?

Aún tenía presente el singular combate entre las dos piedras, una lucha precisamente por su misma naturaleza incomprensible. Porque, por muchos esfuerzos que se hicieran por comprender aquellos raros fenómenos, la existencia de seres minerales parecía algo fuera del alcance de la imaginación humana.

—Y, sin embargo, puede suceder —se dijo, hablando consigo mismo a media voz—. Si un pulpo, una araña, que nos parecen seres tan horribles, tuviesen inteligencia y pudiesen discernir de la misma forma que lo hacemos los humanos, ¿no les pareceríamos nosotros mismos unos seres horribles?

Pero eran especulaciones filosóficas que no le conducían a ninguna parte. Acarició la piedra nuevamente y se volvió a la cama, pensando en dos temas: el ladrón... y la chica que viajaba en una alfombra voladora y vivía en una nube.

* * *

Sentado en el borde de la cama, Dude Vronston bostezó aparatosamente, mientras, sentada frente al tocador, Perla, la flamante viuda, se cepillaba el pelo, al mismo tiempo que hacía visajes ante el espejo. Perla estaba completamente desnuda, cosa que no parecía afectarle mucho. Vronston la contempló de reojo. Sí, Perla era más guapa de lo que aseguraba su afortunadamente eliminado esposo. Y de «trozo de leño», nada de nada.

Lo que pasaba era que Andy no había sabido tocar con arte aquel atractivo instrumento sensual.

Vronston se puso en pie.

—Era un zoquete —murmuró.

—¿Cómo decías? —preguntó Perla.

—Nada, nada... Oye, guapa.

—¿Sí?

—Ven.

Perla dejó el cepillo a un lado, se levantó y caminó hacia el sujeto, con los labios distendidos en una impúdica sonrisa.

—Tú sí eres un hombre —dijo.

—Celebro que pienses así —contestó él.

—Pero esta noche has salido...

—Tenía un asunto pendiente, nena —dijo Vronston, a la vez que ponía las manos en las carnosas caderas de la mujer.,

De pronto, se puso serio. Sabía dónde había estado y a qué había ido a aquella casa, pero no tenía la menor idea de por qué lo había hecho. Ignoraba en absoluto quién le había ordenado asesinar a un hombre que le resultaba absolutamente desconocido.

Claro que no era el primero... pero, ¡hacer la faena gratis! ¡Era indignante!

Perla se extrañó de su silencio y le sacudió un par de veces.

—¡Eh! ¿Qué te pasa, hombre? —exclamó—. ¿Es que estás delante de un poste?

Vronston volvió a la realidad y sonrió.

—Nada de eso, cariño —replicó—. Eres la mujer más guapa que he visto en mi vid...

De repente, se calló.

Su boca quedó entreabierta. Perla, que tenía las manos en sus hombros, percibió claramente el súbito estremecimiento que había sacudido por completo el cuerpo masculino.

Sus manos estaban en el arranque de los brazos y hacían presión en la carne. De pronto, sintió que los músculos se endurecían hasta adquirir la consistencia de la piedra.

—¡Dude! —chilló, asustada.

Pero Vronston continuaba completamente rígido, sin respiración, con los ojos y la boca abiertos, como si, de repente, se hubiese convertido en una estatua.

—¡Dude! —gritó Perla descompuestamente—. ¡Contesta de una vez, por el amor de Dios!

Al mismo tiempo que le increpaba, sacudía a Vronston con las manos. Repentinamente, ocurrió algo horrible.

Vronston se inclinó a un lado y cayó al suelo. Al chocar con el pavimento, se hizo pedazos.

Fue una fragmentación total, en medio de sonidos casi cristalinos, como si se hubiese roto una estatua de porcelana. La cabeza, los brazos, el tronco, las extremidades inferiores... todo, todo se convirtió en menudos fragmentos, el mayor de los cuales no superaba el tamaño de una moneda de cinco «garants».

Uno de los ojos quedó intacto y rodó por el suelo con lúgubre tamborileo. Perla, horrorizada, sin comprender lo que sucedía, contempló el espeluznante cuadro, creyendo que sufría una pesadilla.

—Ahora me despertaré y...

Pero no se despertó. . El primer cliente que entró aquel día en el bar, un viejo amigo del matrimonio, notó la ausencia de Andy tras el mostrador. En el interior de la casa, Perla hacía algo, a la vez que canturreaba una vieja canción.

El hombre, curioso, se asomó, y vio a Perla con una escoba en la mano. El suelo estaba lleno de trozos de una sustancia que parecía piedra roja y blanca.

Al cliente le chocó mucho que Perla estuviese completamente desnuda. Pero todavía se extrañó más al ver lo que hacía.

—¿Qué pasa, Perla? —preguntó.

Ella le miró, sonriendo de 'un modo extraño.

—¿No lo ves? —contestó—. Cuando se te rompe un cacharro, hay que barrer los restos para echarlos a la basura. Dude Vronston se cayó y ahora está roto en mil pedazos.

—Ah, ya, comprendo —dijo el hombre. De pronto, reparó en la última frase de Perla—. Has dicho Dude...

—Sí, está roto, roto..., roto..., roto...

El hombre retrocedió, sin dejar de sonreír.

—Claro, claro... —Era un caso para la policía, se dijo, mientras buscaba presurosamente el videófono.

* * *

Los mozos de la agencia de transportes descargaron los bultos en uno de los rincones del laboratorio.

—Aquí, por favor —indicó Barry—. No, no hace falta que se molesten; yo me ocuparé de desembalar los trastos... Aquí tienen por la molestia...

Barry entregó sendas monedas de cinco «garants», tras firmar el recibo por la entrega de la mercancía, gesto que fue acogido con vivas muestras de simpatía. Luego, al quedarse solo, miró con aire sombrío la factura.

—Espero acertar —se dijo—, porque, de lo contrario, esto va a representar mi ruina.

Pero lo mejor era no preocuparse de los asuntos económicos. Si la idea concebida daba resultado, el mundo iba a sufrir una transformación radical.

Dejando de lado las demás consideraciones, empezó a trabajar. Había despejado por completo una de las mesas y colocó en ella los aparatos que había traído.

La piedra roja quedó sobre un pequeño pedestal de goma dura, forrada con una tela negra. Uno de los instrumentos era un electroencefalógrafo, cuyo manejo conocía Barry por haber sido instruido en él por un médico amigo suyo. El otro era una traductora mecánica, capaz de operar en ambos sentidos y tanto de forma verbal como gráfica.

Cada uno de los instrumentos tenía sus terminales, que Barry aplicó a la piedra, sujetándolos con trocitos muy pequeños de cinta adhesiva. Al terminar, contempló satisfecho su obra.

Ya podía empezar, se dijo. El electroencefalógrafo le indicaría la actividad cerebral de la piedra. «Si es un ser vivo, inteligente, según parece, tendrá alguna clase de cerebro y ello se reflejará en la gráfica correspondiente», pensaba.

Y si la piedra no podía emitir sonidos audibles, al menos en la forma en que

los conocían los terrestres, quizá emitiese sus respuestas gráficamente. Tales respuestas aparecerían en una pantalla de televisión, provista de mecanismo de grabación, a fin de reproducirlas en cualquier momento.

Barry decidió premiarse con un cigarrillo y una taza de café, a fin de relajar un tanto sus nervios. Pero cuando ya más sosegado, se disponía a dar comienzo a la operación, oyó el zumbido del videófono.

## CAPITULO VI

La primera persona en quien pensó Barry fue en el profesor Stone. Luego, de pronto, se acordó de la chica que vivía en la nube.

Erró los dos pronósticos.

Era Mattie Morgan.

—¡Louis! —gritó la hermosa joven—. ¿Qué haces, tipo fresco? Me tienes miserablemente abandonada...

—Perdona, querida, pero tengo un trabajo enorme.

—¡Mentiroso! Dijiste que estabas de vacaciones.

—Sí, pero las aprovecho para unos trabajos particulares. Investigaciones sobre una nueva clase de minerales...

—Louis, ¿valgo yo menos que tus pedruscos?

—Qué cosas tienes... Tú no eres de piedra, precisamente.

Ella sonrió, halagada.

—No, no soy de piedra, aunque ahora sí te lo parezco. ..

—Oh, nena, por favor, estoy en un punto interesantísimo de mi investigación... Posiblemente tenga que pasarme la noche en blanco...

—Mejor la pasarías a mi lado —suspiró Mattie.

—Mañana, te lo prometo.

—Está bien, pero si no vienes tú, iré yo y te traeré aunque sea a rastras.

—Si vienes aquí, ¿qué necesidad habrá de que me lleves a tu casa?

—Pues tienes razón —dijo Mattie, riendo—. Está bien, te doy de plazo hasta mañana a la seis y media. Prepararé una buena cena y... ¿Tienes imaginación?

—Muchísima, me figuro el resto.

—Entonces, no me falles, querido. —No fallaré... Ah, Mattie, una cosa — exclamó él de pronto.

—Dime, Louis.

—¿Has encontrado más piedras en tu jardín como aquella que me diste?

—No, aunque mejor sería decir que no me he preocupado... ¿Te interesa? —Sí, un poco...

—La verdad es que yo no me he preocupado más del asunto. De todas formas, el jardinero está haciendo un poco de limpieza y recortando el césped. Le diré que me traiga todas las piedras que pueda encontrar.

—Gracias, preciosa. ¿Sabes que pronto habrá tacto-visión?

—¿Tactovisión? —repitió Mattie, extrañada. —Figúrate que yo diera un beso ahora a la pantalla. Lo sentirías en tus labios, ¿verdad? Mattie lanzó una alegre carcajada. —Eres adorable, querido —se despidió. Era una buena chica, aunque un tanto voluble, pensó Barry, mientras la imagen de Mattie se desvanecía de la pantalla del videófono. Mattie, desde luego, estaba colada por él... y, por si fuera poco, era dueña de una saneada fortuna. El romance que ahora les unía, quizá acabase más adelante en algo definitivo. Volvió al trabajo.

Minutos más tarde, el electroencefalógrafo estaba en marcha.

La aguja se movía muy débilmente, como si registrase las reacciones de un cerebro en trance de agonía. En la pantalla del oscilógrafo las indicaciones eran asimismo muy débiles y con un notable intervalo, pero, aun así, resultaba patente que la piedra roja era un ser vivo.

¿También inteligente?

Comprobado el primer extremo, en medio de una gran excitación, era preciso comprobar el segundo.

Conectó la traductora mecánica y tomó el micrófono. Poseído por una vivísima emoción, hizo la primera pregunta:

—¿Eres un ser vivo?

No hubo respuesta sonora, pero en la pantalla apareció una respuesta de dos letras: —Sí.

* * *

Barry se agarró a la mesa con ambas manos. Temblaba convulsivamente. Sus

presentimientos se habían realizado. Sí, había seres vivos de origen y naturaleza minerales... Allí estaba la prueba, delante de sus ojos.

Al cabo de unos minutos, logró tranquilizarse.

Respiró profundamente unas cuantas veces y encendió un cigarrillo.

—Dime, ¿tienes nombre? —preguntó.

—*No.*

—Estás en un planeta en el que los seres vivos no son minerales como tú. ¿Lo sabías?

—Sí.

—¿Puedo... preguntarte de dónde vienes?

—*El lugar de que procedo está infinitamente alejado de tu planeta. Cualquier indicación al respecto resultaría inútil para ti.*

—No he querido ofenderte —se disculpó Barry.

—*No me has ofendido. Al contrario, quiero ayudarte.*

Barry frunció el ceño.

—Tal vez, la otra noche, tú me avisaste de un peligro...

—*Sí. Hace días que trato de entrar en contacto contigo. Mi mente, sin embargo, no es tan potente como la vuestra. Sólo merced a un gran esfuerzo conseguí avisarte de que alguien quería acabar con tu vida.*

Barry pensó instantáneamente en el supuesto ladrón. Pero ¿por qué querían matarle?

La piedra pareció adivinar sus pensamientos.

—*Estáis en un grave peligro y «ellos», a su vez, también lo están* —escribió en la pantalla—. *Tienes que encontrar la piedra madre y destruirla. Cuando lo hayas conseguido, el peligro desaparecerá.*

—Trataré de encontrar esa piedra, pero ¿sabes tú dónde está?

***—No.***

Barry hizo una mueca.

—Bueno... va a resultar un poco difícil... Dime, ¿qué clase de peligro es el que nos amenaza?

—*Petrificación.*

—¿Cómo?

—*Mineralización del organismo. En determinadas circunstancias, esa mineralización se produce de forma casi instantánea. Evita todo contacto con las piedras de color negruzco. Si ves alguna, abrásala con un soplete.*

Barry dio un respingo.

—Bien, haré lo que dices... Tú luchaste el otro día contra una de esas piedras.

—Sí.

—¿Quería atacarme?

—Sí.

—¿Por qué no lo hizo, en tal caso?

—*Se encontró conmigo.*

—No sabes cuánto te lo agradezco. Y ahora...

—*Por favor* —rogó la piedra—. *Estoy cansado. El esfuerzo ha sido demasiado grande. Déjame descansar unas horas.*

—Está bien, no faltaría más. Muchas gracias.

Barry desconectó los aparatos, contento y satisfecho por una parte, pero desconcertado por otra.

Había estado en contacto con una piedra. El ser se consideraba masculino, porque así lo expresaba en sus respuestas. Pero ¡había tantos puntos que necesitaba aclarar!

De pronto, sonó el videófono.

Esta vez era alguien a quien no esperaba.

—Señor Barry, su aeromóvil está listo —informó el sujeto.

—Ah, gracias, Percy. ¿Era grave la avería?

—Bueno, el generador antigravedad resultó afectado, aunque de una forma indirecta. Oiga, por favor, dígame, ¿acaso le disparó alguien un tiro?

—No, Percy.

—Pues... parece el impacto de un fusil de grueso calibre, señor Barry... Pero hay algo realmente curioso.

-¿Sí?

—Como digo, el generador antigravedad ha resultado afectado, pero como consecuencia de unas esquirlas que

saltaron con el impacto. He seguido la trayectoria de ese extraño proyectil y, según los indicios, tendría que haber atravesado el generador, pero se desvió casi en ángulo recto. Y, créame, no había en su camino ninguna pieza capaz de originar semejante desviación. Usted, ¿qué cree puede ser?

Barry emitió una sonrisa de circunstancias.

—Percy, usted es el experto y no yo —manifestó.

—Ya... Era por si usted tenía alguna explicación... ¿Quiere que le envíe el aeromóvil con uno de los chicos?

—Se lo agradeceré mucho.

—Muy bien, lo tendrá ahí antes de media hora. Adiós, señor Barry.

—Adiós, Percy.

Barry tocó la tecla de contacto y la imagen se esfumó de la pantalla. Durante unos segundos, permaneció inmóvil, extrañado por los informes que acababa de recibir, pero, como tenía otros asuntos más importantes en que pensar, olvidó muy pronto el incidente.

Entonces, se dio cuenta de que tenía hambre y fue a la cocina a prepararse unos bocadillos. Abrió la puerta y vio a la chica que vivía en una nube.

* * *

Adelphia vestía una sencilla blusa y pantalones cortos, indumentaria que le confería un encanto juvenil difícilmente igualable. Barry, con la boca abierta por la sorpresa, apreció que la muchacha estaba trasteando en la cocina.

—Siéntese, la cena estará lista en pocos minutos —dijo ella.

—¿De... de dónde ha salido? —preguntó Barry, aturdido.

—De mi escondite, claro.

—La nube, ¿eh?

Adelphia sonrió maliciosamente.

—¿Todavía se acuerda?

—¿Cree que todo lo que me ha pasado con usted es fácil de olvidar?

—Sí, tienes razón. —Ella le tuteó de repente—. La carne, ¿muy hecha o sangrante?

—Sangrante, una vuelta en la sartén y basta. Adelphia, por favor, ¿querrás explicarte?

—Han pasado cosas raras —dijo la chica—. ¿Has oído los noticiarios?

—No. Prácticamente, me he pasado el día en el laboratorio. ¿Qué sucede?

Adelphia fue hacia una mesa, en un donde estaba su bolso y una chaqueta de piel muy fina, que levantó para tomar el periódico que se hallaba debajo.

—Lee —dijo—. Está más detallado que en la televisión.

Barry se sentó ante una mesa, con el periódico en las manos. La noticia venía en primera plana, con titulares escandalosos.

Estupefacto, se enteró de lo que le había sucedido a un sujeto llamado Dude Vronston, individuo de antecedentes poco recomendables. Las autoridades médicas no sabían a qué atribuir aquel extraño proceso de petrificación. El hecho de que la señora Kapple hubiera enloquecido y que el cadáver de su esposo se hubiese encontrado en el interior de una barrica de vinagre, carecía de importancia ante la horrible muerte sufrida por Vronston, del que, se decía, era asesino profesional.

Barry dobló el periódico, profundamente pensativo.

¿Era aquel Vronston el mismo que había intentado atacarle la víspera?

La «conversación» sostenida con la piedra roja apuntaba en aquel sentido. Pero, entonces, ¿quién y por qué deseaba eliminarle?

Adelphia puso el plato sobre la mesa.

—Estás muy pensativo —observó, al sentarse frente a él.

—Tengo motivos, preciosa.

—¿Sí?

—Adelphia, voy a decirte algo... pero, por favor, no pienses que estoy loco, ¿eh?

Ella sonrió dulcemente.

—Eres de lo más cuerdo que he visto en mi vida —declaró—. ¿Qué te aflige, Louis?

—He estado conversando con una piedra.

—¿Y qué te ha dicho?

—¡Adelphia!

—¿Sí, Louis?

—¿No te extrañas de lo que acabo de decir?

—¿Por qué iba a extrañarme? —contestó la chica, sin dejar de sonreír—. Conversar con una piedra es lo más natural del mundo..., sobre todo, cuando se trata de un ser vivo e inteligente.

—Vaya, a lo que parece, tú estás acostumbrada a hablar con las piedras.

—Desde luego. Pero ¿qué te ha dicho ella?

—No es ella, sino «él». Es... del género masculino.

—Ah, un varón.

—Un macho. Varón se aplica solamente a los seres humanos.

—Louis, si la piedra es un ser pensante, también es humano. La forma no importa, lo que importa verdaderamente es la inteligencia.

—Bueno, pues es una piedra varón.

—Y, ¿cómo lo sabes? Porque, me imagino, en las piedras inteligentes no hay

rasgos distintivos del sexo.

—Me lo ha dicho ella... él —rezongó Barry, que ya empezaba a hacerse un lío —. Dijo exactamente: «Estoy cansado». ¿Eh?, habló como un hombre, no como una mujer.

—Sí, es una piedra varón —admitió Adelphia, muy seria.

Barry fijó la vista en la muchacha.

—¿De dónde has venido tú? —preguntó, sospechando que tal vez se encontraba ante una persona que no había nacido en la Tierra.

Adelphia hizo un gesto con la mano.

—De allá —contestó, señalando hacia la ventana, a través de la cual se veía el cielo estrellado.

## CAPITULO VII

Durante unos segundos, sólo hubo silencio.

Adelphia hablaba en serio. Para Barry no había la menor duda.

Una extraterrestre...

Eso explicaba muchas cosas que, hasta entonces, habían sido enigmas.

—Por lo visto, vienes de un mundo donde resulta natural hablar con las piedras —dijo, esforzándose por dar a su voz una entonación normal.

—Oh, lo de menos es hablar con las piedras. Convivimos con ellas.

—Ya, y hasta tienen nombres y todo...

—No seas exagerado. Ciertos seres vivos tienen composición mineral, eso es todo. Química del silicio, si lo recuerdas.

—Lo recuerdo, soy geólogo. Pero algunas piedras se mueven. Yo lo he visto.

—Sólo en circunstancias excepcionales...

Adelphia no pudo continuar. El zumbido del videófono llegaba desde el vecino laboratorio.

—Dispénsame —dijo Barry, a la vez que se ponía en pie.

—No faltaría más —respondió ella cortésmente.

Barry fue al laboratorio y se puso frente al videófono. Instantes después, veía a Mattie con algo en la mano.

—Mira —exclamó la joven—, la ha encontrado el jardinero.

Barry se sobresaltó.

Lo que Mattie sostenía en su mano era una piedra, de color oscuro y contornos irregulares, muy semejante a la que había visto en su propia casa. Mattie parecía muy satisfecha del hallazgo.

—¿Te gusta? —sonrió. Barry apretó los labios.

—Mattie, deja esa piedra inmediatamente. ¡Suéltala ahora mismo, te digo!

La joven se asustó.

—¡Barry! ¿Qué sucede? Me das miedo.

—Deja la piedra y aléjate de ella. Por lo que más quieras, no vuelvas a tocarla.

—Bueno, si tú lo dices... Oye, no será radiactiva o algo por el estilo...

—No. Escúchame un momento. Sal de esa habitación inmediatamente y espérame en el jardín. Yo llegaré antes de media hora. ¿Entendido?

—Sí, Louis. Pero sigo muy asustada...

—Si haces lo que te digo, no habrá motivos para que sientas ningún temor. Hasta ahora, cariño.

Barry cortó la comunicación y fue hacia la cocina.

—Lo siento —dijo—. Tengo que marcharme.

Adelphia le miró con curiosidad.

—¿Qué sucede? —preguntó —Una amiga mía. Se encuentra en un grave peligro...

Adelphia se puso en pie instantáneamente.

—Iré contigo, Louis —exclamó.

—No...

—Yo entiendo de piedras vivas —dijo ella con firme acento.

—Está bien, pero ya tengo mi aeromóvil reparado. No quiero viajar más en alfombra voladora, ¿estamos?

Adelphia sonrió maliciosamente.

—Iremos en tu cacharro —contestó.

* * *

El jardín estaba muy bien construido, con varias terrazas, separadas por setos, alumbradas con farolas de hierro forjado, que le conferían un aspecto anticuado realmente agradable. Junto a la casa, había una explanada en la que podían tomar tierra los vehículos aéreos.

Barry cerró el contacto apenas hubo aterrizado. Abrió la portezuela y saltó fuera.

Mattie estaba jumo a la entrada, vestida con su túnica blanca, larga, cerrada, de mangas muy amplias. En su cara, observó el joven, había una singular expresión de temor.

—Louis...

Barry avanzó hacia ella.

—Ya estoy aquí —dijo.

Mattie no pareció reparar en la hermosa acompañante de Barry.

—Tengo miedo —confesó.

—'No te preocupes, todo se arreglará. ¿Dónde está la piedra?

—Ya no está...

Barry respingó.

—Se ha marchado —exclamó.

Mattie se pasó una mano por la frente.

—No sé qué ha sucedido... Apenas dejarnos de hablar, se produjo una extraña explosión... La verdad es que no hizo demasiado ruido, pero, en a! mismo instante, sentí como si me pinchasen con un millón de agujas. Louis, ¿qué me ha pasado?

Entonces, Adelphia adelantó un par de pasos.

—Permítame, señorita —rogó.

Mattie la miró con extrañeza.

—¿Quién es, Louis? —preguntó.

Barry carraspeó.

—Ejem... Es...

—Doctora Adelphia T —dijo la chica, mientras hurgaba en su bolso—. Por favor, señorita, ¿quiere levantar el brazo izquierdo? Así, muy bien, muchas

gracias —añadió, cuando vio que Mattie accedía a su petición.

Adelphia tenía ya en las manos una pequeña linterna y un objeto que parecía una lupa. Enfocó los rayos luminosos de la linterna sobre la piel de la otra joven y luego colocó la lupa a unos tres centímetros de distancia.

Durante unos segundos, nadie habló. Luego, de pronto, Adelphia hizo un gesto con la cabeza.

—No se preocupe, señorita —dijo, sonriendo animosamente—. Está ligeramente enferma, pero la curaré en seguida.

La lupa y la linterna volvieron al bolso. A continuación, Adelphia sacó una cajita, larga y delgada, que abrió con gran cuidado.

La caja contenía una jeringuilla para inyecciones.

—Se curará, señorita —insistió, mientras quitaba la caperuza que cubría' la aguja.

Pero, en el mismo instante, se oyó un extraño chasquido.

Barry volvió los ojos hacia Mattie, La joven se había quedado rígida, inmóvil como una estatua, con el brazo levantado, los ojos fijos y la boca entreabierta.

—¡Mattie! —gritó.

Desesperadamente, Adelphia intentó poner la inyección en el brazo de Mattie, pero la aguja se quebró.

—Ya no se puede hacer nada —dijo sombríamente.

Un segundo después, Mattie Morgan caía al suelo y se rompía en mil fragmentos.

* * *

Louis Barry despertó con una extraña sensación de torpor en los miembros y la lengua muy espesa. De la cocina le llegó un agradable olor a café y huevos fritos.

Sentóse en la cama y se pasó la mano por el revuelto cabello. Al recordar bruscamente lo que le había ocurrido á la pobre Mattie, sintió un escalofrío.

Adelphia asomó de pronto por la puerta.

—El desayuno estará listo antes de diez minutos —dijo—. Ve a la ducha y espabílate. —Se puso seria—. Tuve que propinarte un sedante —agregó—. Ha sido mejor que agarrarse a la botella, me parece.

—Es que no todos los días se ve a una mujer romperse en cachitos, como si fuese un cántaro —contestó Barry.

—No, no es corriente. Vamos, date prisa; debes de tener el estómago con telarañas.

—Anoche cené...

—Querrás decir anteanoche. Has dormido más de veinticuatro horas. Y ha sido mejor así —se despidió Adelphia momentáneamente.

Barry se quedó atónito. Aquel sedante, se dijo, debía de servir para dormir a los elefantes. Aunque, bien mirado, Adelphia tenía razón. Había estado a punto de volverse loco después de presenciar aquel horrible espectáculo.

Mattie, convertida en pedazos... Aquel cuerpo adorable, que tantas veces se había quemado en sus brazos... Ahora no era más que un montón de piedras de color rojo y blanco...

Cerró los ojos, como si quisiera alejar de su mente aquella horripilante escena. Cuando se metió bajo la ducha, dio toda la presión al chorro de agua fría.

Más tarde, ya repuesto con el desayuno, se echó para atrás en su silla y miró inquisitivamente a la muchacha.

—¿Y bien, doctora?

Adelphia sonrió de mala gana.

—Lo dije para evitar que Mattie sintiera aprensiones —declaró—. De este modo, habría permitido que le pusiera la inyección, sin escrúpulos.

—Está bien. Pero, ¿qué le sucedió?

—Petrificación. El proceso es relativamente lento, hasta que se produce la crisis, prácticamente instantánea. En realidad, es silicatación del organismo.

—Ya entiendo.

—La piedra que encontró su jardinero explotó en millones de fragmentos microscópicos, que penetraron en su cuerpo a través 4¿; la piel. Por eso decía ella que había sentido como si la pinchasen con miles de alfileres.

—Es cierto. Pero todo transcurrió en media hora, aproximadamente. ¿Tan rápido es ese proceso de petrificación?

—Louis, hay organismos más receptivos que otros. En algunos casos, la silicatación tarda en presentarse horas o días enteros, caso de Dude Vranston, el que, por lo visto, tardó veinticuatro horas en morir. Otros casos se producen con mayor rapidez aún que el de Mattie Morgan.

Barry se espantó.

—Ese es un peligro que no se puede evitar...

—Si se llega a tiempo, sí. Sólo con diez minutos, yo

habría podido, salvar a Mattie —dijo Adelphia tristemente.

—¿La inyección?

—Sí. La sílice invade el organismo y, en combinación con los distintos minerales que componen en parte el cuerpo humano, forma piedra pura. Ahora bien, con la inyección disolvente de la sílice, el peligro se evita.

—Ah, esa sustancia disuelve la sílice...

—Sin perjuicio alguno para el cuerpo humano. La sílice disuelta se elimina por el sudor y la orina.

—Adelphia, empiezo a sospechar que en tu planeta estáis acostumbrados a esta clase de peligros.

—Pues... sí, porque tuvimos que enfrentarnos con él hace muchísimos años. Pero, al fin, dimos con la solución.

—El disolvente de la sílice.

—En efecto. Louis, yo te aprecio muchísimo y no quiero que te suceda nada. Te daré una ampolla, para que la lleves siempre contigo, en cualquier instante. La caja que contiene el inyectable es fuerte y puede resistir los impactos de partículas microscópicas.

—Te lo agradezco infinito, pero, de todas formas, y aunque cambiemos un poco de tema, hay algo que debes explicarme.

—¿Sí, Louis?

—¿De dónde vienes?

Adelphia sonrió sibilinamente.

—De muy lejos —contestó—. Pero no soy la única.

Barry dio un salto en su silla.

—¡Muchacha!

—Oh, aquí en la Tierra, sin ofender, sois un poco ingenuos. Hace muchísimos años que os visitan gentes de otros planetas, y no sólo el mío, precisamente. Muchos, muchísimos... pero se mezclan con vosotros y adoptan vuestras costumbres, las buenas, claro, y nadie sabe que son extraterrestres y, al cabo de algún tiempo, se marchan. Aunque no faltan los que se quedan para siempre, claro.

Barry se sintió abrumado por aquella declaración.

—Tal vez... esos extraterrestres, tú misma vienen en los aparatos misteriosos que nosotros llamamos OVNIS... Objetos Voladores No Identificados...

—Pudiera ser, aunque mi nave es ilocalizable. Está en órbita, allá arriba.

—Sí, dijiste que vivías en una nube. Y compraste una alfombra, porque no tenías permiso de conducción...

—Pronto me lo darán —dijo la muchacha—. Y ahora, por favor, hablemos de tu piedra roja, la que te dio Mattie.

—Está en el laboratorio. He hablado con ella... con él, mejor dicho. Pero si quieres, puedo reproducir la conversación, ya que tuve la precaución de grabarla.

—Eres un sol —exclamó Adelphia entusiasmada—. Vamos allá.

Barry y la chica se encaminaron al laboratorio. Durante unos minutos, Adelphia se sumió en una especie de éxtasis, contemplando la piedra como si fuese un objeto maravilloso. Luego, de pronto, se volvió hacia el joven.

—Louis, ¿quieres poner la grabación? —pidió.

—Claro.

Barry hizo funcionar la pantalla.

—Mientras tanto, yo haré una llamada —dijo.

—Está bien.

Barry se acercó al videófono y marcó una cifra. Treinta segundos más tarde, vio aparecer en la pantalla un rostro conocido.

—¡Profesor Stone! —exclamó—. Al fin le encuentro... He estado llamándole días enteros...

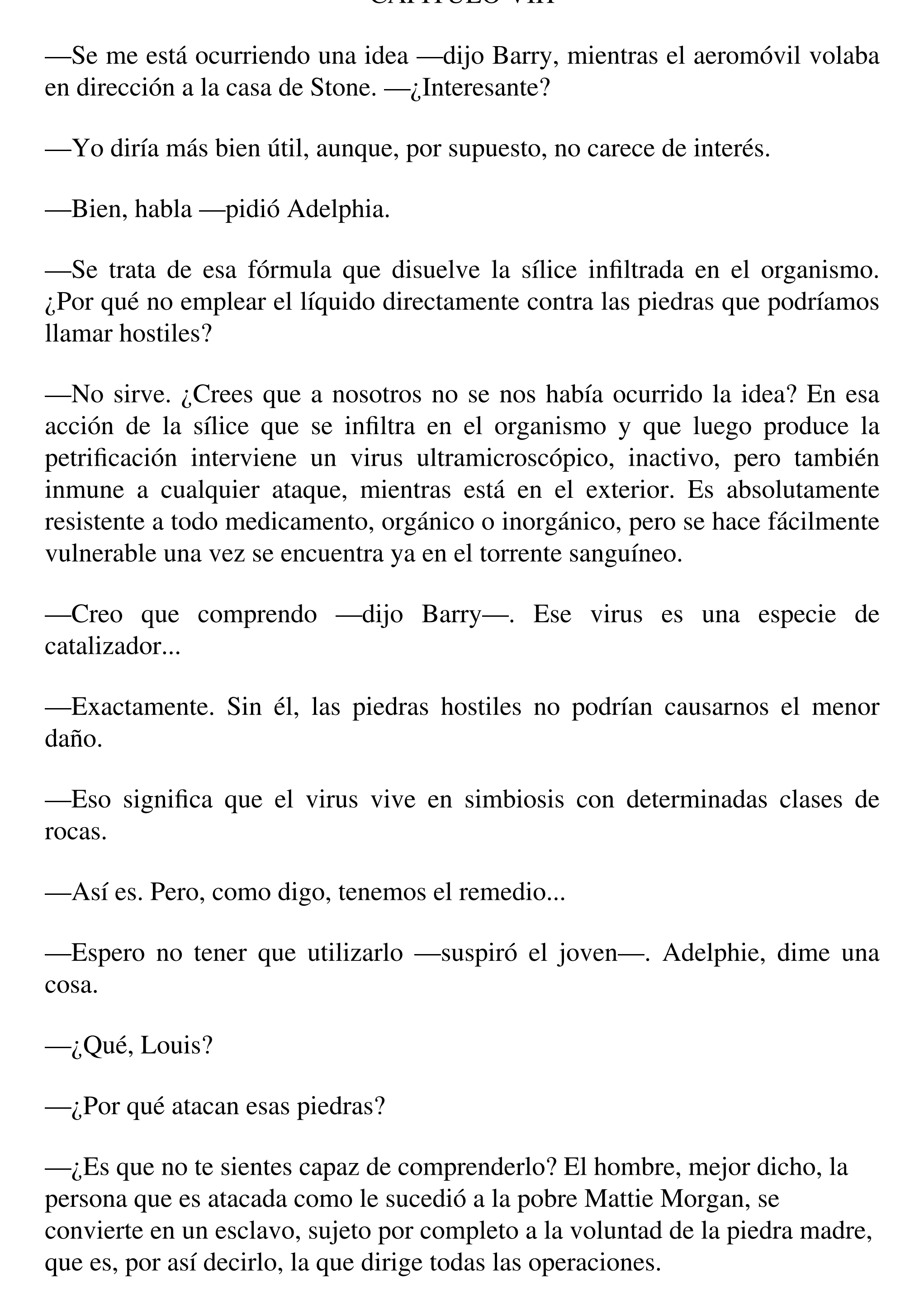
Stone sonrió.

—Muchacho, tenía que hacer algo muy agradable —contestó.

A través de la pantalla del videófono, Barry vio, en el fondo del salón de la casa de Stone, a una hermosa mujer. Entonces comprendió los motivos de la ausencia del profesor.

—Ven esta tarde a tomar el té con nosotros, Louis —invitó Stone—. Tenemos mucho de qué hablar.

—De eso no me cabe la menor duda, profesor —contestó Barry.



# CAPITULO VIH

—Se me está ocurriendo una idea —dijo Barry, mientras el aeromóvil volaba en dirección a la casa de Stone. —¿Interesante?

—Yo diría más bien útil, aunque, por supuesto, no carece de interés.

—Bien, habla —pidió Adelphia.

—Se trata de esa fórmula que disuelve la sílice infiltrada en el organismo. ¿Por qué no emplear el líquido directamente contra las piedras que podríamos llamar hostiles?

—No sirve. ¿Crees que a nosotros no se nos había ocurrido la idea? En esa acción de la sílice que se infiltra en el organismo y que luego produce la petrificación interviene un virus ultramicroscópico, inactivo, pero también inmune a cualquier ataque, mientras está en el exterior. Es absolutamente resistente a todo medicamento, orgánico o inorgánico, pero se hace fácilmente vulnerable una vez se encuentra ya en el torrente sanguíneo.

—Creo que comprendo —dijo Barry—. Ese virus es una especie de catalizador...

—Exactamente. Sin él, las piedras hostiles no podrían causarnos el menor daño.

—Eso significa que el virus vive en simbiosis con determinadas clases de rocas.

—Así es. Pero, como digo, tenemos el remedio...

—Espero no tener que utilizarlo —suspiró el joven—. Adelphie, dime una cosa.

—¿Qué, Louis?

—¿Por qué atacan esas piedras?

—¿Es que no te sientes capaz de comprenderlo? El hombre, mejor dicho, la persona que es atacada como le sucedió a la pobre Mattie Morgan, se convierte en un esclavo, sujeto por completo a la voluntad de la piedra madre, que es, por así decirlo, la que dirige todas las operaciones.

—Un cerebro común.

—Sí.

Barry pensó unos instantes en la hermosa Mattie Morgan. ¿Por qué había sido elegida ella para sufrir aquella horrible suerte?

—Pero el que es atacado por la enfermedad de la sílice, muere inexorablemente —exclamó—. ¿Es que la piedra madre no lo sabe?

—Sí, pero su «esclavo» le obedece ciegamente y tiene, en ocasiones, horas o días para actuar según su conveniencia. En el caso de Mattie, hubo un error de cálculo, porque la silicatación se produjo con enorme rapidez.

—Eso es cierto, pero ¿por qué tenían que atacar a

Mattie?

—¿No lo comprendes? Tú estabas citado con ella.

Barry saltó en su asiento.

—¡Adelphia! ¡Mattie me quería! —protestó, espantado ante la sugerencia que representaban las palabras de la muchacha.

—Sí, pero, en algún momento, ella no habría sido dueña de sus actos y... ¿Te imaginas lo que podía haber sucedido?

—No, no... Es demasiado horrible. —Barry se negaba a admitir algo que, en el fondo, sabía era cierto—. Mattie jamás me...

Pero se calló, profundamente desalentado. Adelphia decía la verdad, pensó.

La casa del profesor estaba cerca y se concentró en el manejo del aparato. Momentos después, el aeromóvil se posaba en el suelo.

Stone salió a recibirles a la puerta de su residencia.

—¡Muchacho! —exclamó efusivamente—. ¡Cuánto me alegro de verte! Pero vienes acompañado...

—Es una amiga —dijo Barry—. Profesor, le presento a Adelphia T.

Stone se inclinó gravemente.

—Es un placer, señorita —saludó—. Por favor, ¿quieren entrar en casa? Vanessa, mi esposa, nos servirá el té dentro de unos minutos.

Barry se echó a reír.

—De modo que esta vez ha picado —exclamó.

—Sí, y cuando veas a mi mujer, comprenderás los motivos —rió también el profesor—. Por aquí, señorita —dijo, a la vez que empujaba a Adelphia suavemente por un brazo.

Barry llevaba en las manos una carpeta, con notas y apuntes, así como recortes de periódico, con lo que había resumido cuanto sabía sobre el particular. Asimismo llevaba la piedra roja en una bolsita, junto con el cartucho de cinta grabada en la conversación sostenida con ella.

Momentos después, estaban en el salón, cuyo decorado —Barry pensó que se debía a la influencia de la flamante señora Stone— había cambiado radicalmente. Para mejorar, por supuesto. Antes era una sala vulgar, corriente, sin nada sobresaliente. Ahora era una estancia decorada con un gusto exquisito, incluso con cuadros de firma. Stone había ganado dinero con sus trabajos y sus libros, y esta vez había encontrado quien se lo hiciera gastar.

Al cabo de unos momentos de conversación, Barry entró en el tema. Pero su asombro fue enorme cuando Stone, a la vez que hacía un gesto con la mano, dijo:

—¡Bah, eso ya no me interesa en absoluto, muchacho!

—¡Profesor...! —se escandalizó el joven—. Usted escribió una tesis sobre la posibilidad de la existencia de seres vivientes de la química del silicio, esto es, piedras vivas...

—Lo sé, lo sé, pero, como he dicho, ya no me interesa nada esta clase de trabajos. Ahora, de momento, me voy a dedicar a la holganza durante una buena temporada. Después:., me hablaron de un empleo como directivo en una empresa minera... Más que nada, prestar el nombre por un buen sueldo, ¿comprendes? Estoy un poco cansado de trabajar y... Ah, aquí viene mi esposa.

Una hermosa mujer entró en la sala, empujando el carrito con el servicio de té. Al verla, Barry se puso en pie.

Sí, la señora Stone era realmente hermosa, una belleza como pocas veces había visto. Mattie Morgan, a su lado, habría parecido una bruja.

Era muy alta, de senos opulentos, pero no exagerados en volumen, talle de avispa y caderas de ánfora. El pelo era rubio, corto, pegado a su cabeza como

un casco de oro. Pero lo que más admiración causó en Barry fueron los ojos de Vanessa Stone.

Aparte de que eran grandes y rasgados las pupilas tenían una extraña coloración transparente azul muy claro como trozos de hielo que reflejasen el cielo, intensas, enigmáticas, con una mirada profunda que parecía provenir de algún remoto lugar. Al verla, Barry comprendió que Stone hubiese abdicado sin la menor dificultad de su prolongada soltería.

Stone hizo las presentaciones. Barry, galante, se inclinó y besó la mano de la señora Stone, en cuyos rojos labios apareció una cálida sonrisa de complacencia.

Vanessa saludó a Adelphia con la misma afabilidad. Luego, los cuatro se sentaron en torno a la mesa para tomar el té.

* * *

—No lo comprendo —dijo Barry una hora más tarde, cuando ya de regreso, se encontraba a bordo de su aeromóvil, con la muchacha—. La actitud de Stone me resulta absolutamente incomprensible.

—¿Por qué? —dijo Adelphia.

—En la carpeta que le llevé, había pruebas sobradas de su tesis sobre las piedras vivientes. No sólo no quiso examinar la documentación sino que, como tú misma has oído, se declaró absolutamente indiferente al tema...

—Pues... qué quieres que te diga, yo lo encuentro completamente lógico, Louis.

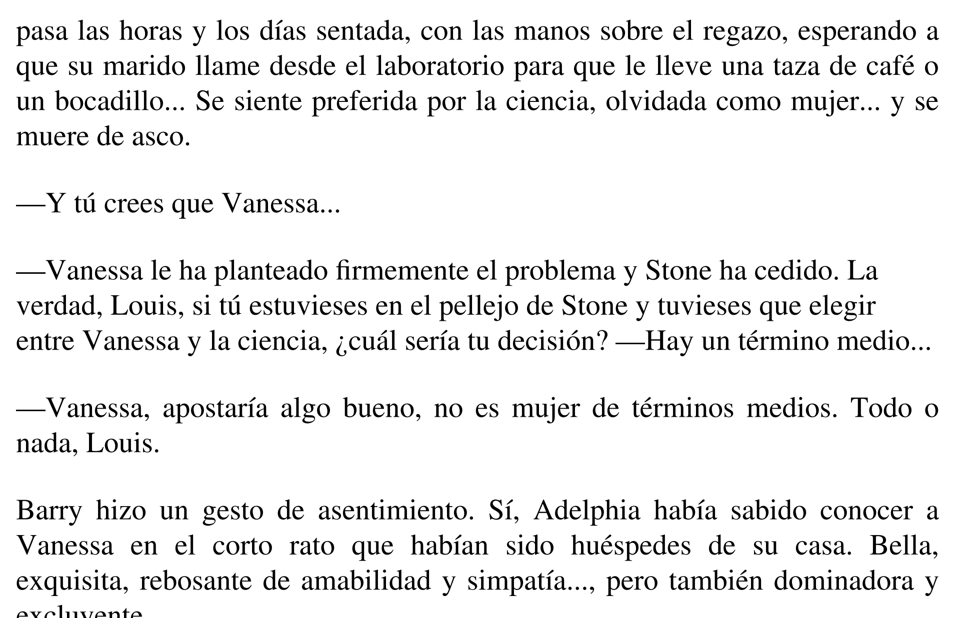
—¿Lógico? —Barry dio un salto en su asiento—. Stone se ha vuelto loco.

—Sí, por su esposa.

Barry apretó los dientes y guardó silencio.

—Trata de comprender —siguió Adelphia tras una breve pausa—. Stone ha trabajado mucho, tú lo sabes aún mejor que yo, y aunque se haya divertido lo suyo, ha llegado a una edad en que las cosas se deben pensar dos veces. Tiene dinero, ninguna obligación y, de repente, se encuentra con una bellísima mujer, a la que hace su esposa. ¿Sabes lo que les pasa a las esposas de los sabios?

—No, dímelo tú —contestó Barry hoscamente. —La esposa de un sabio se



pasa las horas y los días sentada, con las manos sobre el regazo, esperando a que su marido llame desde el laboratorio para que le lleve una taza de café o un bocadillo... Se siente preferida por la ciencia, olvidada como mujer... y se muere de asco.

—Y tú crees que Vanessa...

—Vanessa le ha planteado firmemente el problema y Stone ha cedido. La verdad, Louis, si tú estuvieses en el pellejo de Stone y tuvieses que elegir entre Vanessa y la ciencia, ¿cuál sería tu decisión? —Hay un término medio...

—Vanessa, apostaría algo bueno, no es mujer de términos medios. Todo o nada, Louis.

Barry hizo un gesto de asentimiento. Sí, Adelphia había sabido conocer a Vanessa en el corto rato que habían sido huéspedes de su casa. Bella, exquisita, rebosante de amabilidad y simpatía..., pero también dominadora y excluyente.

—Es una *mantis religiosa* —murmuró. —¿Qué es eso? —preguntó Adelphia. —Un insecto... La hembra devora al macho durante el apareamiento.

—Oh, bueno, Vanessa no será tanto, en ese sentido, pero sí habrá impuesto sus condiciones al profesor y no quiere pasarse los días sentada ante la puerta del laboratorio. Y yo la comprendo, Louis.

Barry entornó los ojos. Vanessa, calculó, tenía unos treinta años. El esplendor de su vida, con una hermosura pocas veces vista.

—Bien —suspiró—, temo que habremos de ser nosotros quienes resolvamos el problema. Preciosa, ¿por dónde empezamos?

—Debiéramos buscar la piedra madre...

Barry alzó el índice.

—¡Un momento! Antes hablaste del dominio de la voluntad de ciertas personas, como en el caso de Mattie Morgan.

—Pero ha muerto —alegó la chica.

—Tenemos otro caso en donde hay un superviviente. No ha sido afectado por la silicatación, pero estuvo en contacto íntimo con quien sí fue afectado por ese extraño fenómeno. Me refiero a Perla Kepple.

—Oh... Piensas ir a verla.

—Sí.

—Está en la cárcel, acusada de complicidad en el asesinato de su esposo.

—Tengo amigos que me facilitarán la entrevista —respondió Barry.

Su casa estaba ya a la vista y el aeromóvil inició el descenso.

—Esta noche, supongo, tomarás la alfombra y te irás a dormir a la nube —añadió de buen humor.

—Tienes una habitación para los huéspedes —contestó ella—. Es decir, si quieres considerarme como huésped.

—Será un placer —aseguró Barry, secretamente complacido.

* * *

En el rostro de Perla Kepple, al otro lado de la reja, había una gran palidez, además de las lógicas ojeras. Barry vio ante sí a una mujer de unos treinta y cinco años, sobre la que, súbitamente, parecían haber caído quince o veinte más.

—Señora Kepple —empezó diciendo—, ya sé que es un asunto que la desagrada sobremanera, pero antes de seguir adelante, debo advertirle que estoy haciendo investigaciones sobre la extraña enfermedad que atacó tan repentinamente a su... amigo, el señor Vronston. Pueden existir muchos casos más y yo conozco la forma de salvar esas vidas. Pero, a pesar de todo, necesito cuantos detalles pueda usted proporcionarme sobre el particular.

—¿Qué es lo que quiere saber? —preguntó Perla con voz átona.

—Bien..., el señor Vronston murió al caer y hacerse pedazos...

—Se había convertido súbitamente en algo parecido a una piedra. Yo tenía las manos en sus hombros y noté que la carne se endurecía. De pronto, me encontré agarrando a una estatua... Fue... horrible...

—Comprendo, señora Kepple. Vronston cayó y se rompió, pero ¿qué pasó antes? Por favor, esfuércese en recordar. El detalle más nimio puede tener una importancia capital, ¿comprende?

Perla se pasó una mano por la frente.

—Creo que fue... cosa de la piedra negra...

—Ah, una piedra negra —dijo Barry.

—Sí, mi esposo la tenía como una especie de adorno en el mostrador. El día... en que murió, discutimos violentamente, dentro de la casa, claro. Luego, él volvió a la taberna y se peleó con Dude, acusándole de haberle robado la piedra. Dude dijo que él no se la había quitado...

—Perdón, señora, pero ¿qué interés podía tener su esposo en esa piedra?

—Se la había entregado un viejo amigo suyo, a cambio de una consumición. Ese hombre dijo que la piedra contenía al menos dos «garants» de oro. Mi marido no le hizo caso, pero como se trataba de un viejo conocido, admitió la piedra en pago...

—Y se quedó en el mostrador y desapareció misteriosamente.

—Sí, pero Dude no lúe. No sé qué sucedió... Oiga, Dude se quejó después de que ¿1 cuerpo le picaba ligeramente, aunque no de una forma continua.

Barry cerró los ojos un instante. Sí, a la pobre Mattie debía de haberle sucedido algo por el estilo.

—El día en que murió... bueno, a la medianoche, Dude se levantó de la cama y salió de casa. Volvió poco antes de la madrugada. Dijo que había tenido que hacer un trabajo... —añadió Perla.

—¿Sabe si habló con alguien antes de salir de casa?

Perla hizo un gesto negativo.

—No, señor —contestó.

Estaba convirtiéndose en un peligro para alguien, pensó el joven. Vronston había ido a su casa, para matarle, obedeciendo las órdenes de un ser que se escondía en alguna parte y para el que constituía una amenaza latente. Pero, por fortuna, la piedra roja le había avisado a tiempo.

Lo cual no significaba que el peligro hubiera pasado.

—Señora Kepple, por favor, la última pregunta—rogó—. ¿Conoce al hombre que entregó la piedra a su esposo?

—Sí —respondió Perla—. Yo misma estaba delante cuando se hizo el trueque de la piedra por un par de copas.

## CAPITULO IX

El aeromóvil dio una vuelta sobre el farallón y acabó tomando tierra al pie, en una explanada de ligera pendiente, en la que se veía una desvencijada cabaña de madera, con un tubo de estufa asomando por el tejado.

Un perro, situado a la sombra, ladró al ver a los recién llegados. Adelphia no pudo evitar un gesto de disgusto al contemplar el panorama.

—Y que esto suceda en pleno siglo XXI...

—Sucederá, mientras el mundo sea mundo —contestó Barry filosóficamente —. Siempre hay gente a la que le gusta la soledad. Aparte de que, a doscientos pasos, estoy viendo un arroyo, árboles y hierba...

—Podía haber construido la cabaña allí —objetó ella.

—¡El arroyo, en el invierno, puede desbordarse y la cabaña está en alto. Además, tiene el farallón que protege de los vientos del Norte.

—Sí, quizá tengas razón.

El can continuaba ladrando. Un hombre, en camiseta, apareció en la puerta de la cabaña.

—¡Calla, «Charlie»! —ordenó al can—. Ustedes, ¿qué quieren?

—Hablar con usted, señor Peverall —declaró Barry.

Giles Peverall miró recelosamente a la pareja. Era un sujeto de unos cincuenta y tantos años, de regular estatura y con barba entrecana de varios días. Al fin, hizo un gesto con la cabeza.

—Entren —invitó.

El perro se había callado. Era joven, blanco, con manchas de color café. Al pasar, Adelphia por su lado, meneó alegremente la cola, a la vez que se alzaba sobre sus patas' traseras y apoyaba las delanteras en el cuerpo de la muchacha.

—Le has caído en gracia —sonrió Barry.

—Hola, «Charlie», bonito —dijo la muchacha.

Entraron en la casa. Peverall apartaba en aquel momento la cafetera del fuego.

—A menos que prefieran whisky —dijo, enseñando unos dientes amarillentos al sonreír.

—Café, gracias. Yo soy Louis Barry. Ella es la señorita Adelphia T..

—Muy bien. —Peverall empezó a llenar las tazas—. ¿Qué es lo que desean de mí?

—Hablar de la piedra que tenía oro y que usted entregó a Andy Kepple a cambio de un par de tragos —dijo el joven.

—«Tenía» oro —afirmó Peverall—. Yo entiendo de minería, ¿comprenden? Debía de haber un par de gramos...

—No nos interesa el oro, sino la piedra.

Las cejas de Peverall se alzaron.

—Ah, la piedra... He encontrado un par de ellas... La que entregué a Andy había pasado por las manos de un analista, que fue quien me dijo lo del oro. Lo confirmó, vamos a entendernos. Pero yo había agotado ya todo mi caudal en provisiones y por eso se la dejé a Andy, para que me diera un par de copas.

«Charlie» entró silenciosamente y se echó a los pies de la muchacha. Adelphia empezó a rascarle la cabeza.

—De modo que encontró un par de piedras...

—Bueno, una cosa es encontrar y otra cosa es ver. Ver, yo vi tres, pero una de ellas...

Peverall se interrumpió para coger una botella de una alacena y verter un buen chorro en el pote de café.

—Traje dos de las piedras a la cabaña —dijo, después de un buen trago—. Porque la tercera...

Barry adelantó el torso.

—¿Qué sucedió, señor Peverall?

Se oyó un silbido. Peverall hizo al mismo tiempo un gesto con la mano.

—Voló, así como lo oyen —contestó—. Levantó el vuelo como un pájaro. Pero no lo he dicho a nadie porque me habrían encerrado en un manicomio. Oigan, ustedes no lo repetirán a otras personas, ¿verdad? Me tomarían por

loco. Ya piensan que lo soy, viviendo aquí y buscando oro como hace doscientos años... Pero saco lo suficiente para vivir, ¿saben?

—Le creemos, señor Peverall —dijo el joven, gravemente—. La piedra voló... ¿Recuerda la dirección que tomó?

—Norte, sin duda alguna. Salió disparada perpendicularmente hacia el farallón, pero cuando ya estaba a punto de chocar contra la roca, se elevó en vertical. Luego, al rebasar el borde, se puso horizontal y siguió su vuelo, como si fuese un proyectil. Créanme, aún no lo he dicho a nadie. Se reirían de mí si dijese que he visto volar una piedra.

—Nosotros no nos reímos de usted, porque sabemos que es cierto —dijo Adelphia—. Pero díganos, ¿encontró más piedras?

—No, ésas fueron las únicas que vi, casi juntas, a unos treinta pasos del arroyo. Me extrañó mucho, porque conozco el lugar como la palma de la mano y no las había visto antes. Claro que hace pocos días cayó una gran tormenta y pensé que el agua habría descarnado un poco el suelo... Barry alzó una mano.

—Señor Peverall, usted asegura haber visto tres piedras. Una voló, la otra paró en el mostrador de Andy. ¿Dónde está la tercera?

—Ah, eso es lo curioso. Ha desaparecido también.

—¿ Cuándo?

Peverall se rascó el pecho.

—Ayer por la noche. Yo estaba fuera, tomando el fresco, con la pipa en la boca, y escuché un ruidito, como si se rompiese un cacharro. Barry se puso rígido.

—Y le pareció que le pinchaban con un millón de alfileres —dijo.

—¡Sí! —exclamó Peverall, admirado—. ¿Cómo lo sabe usted?

Adelphia se puso en pie y abrió su bolso. —Señor Peverall, voy a ponerle una inyección —exclamó.

El sujeto retrocedió un par de pasos.

—Oiga, ¿se ha vuelto loca? —barbotó—. Tengo una salud a prueba de bomba. A mis cincuenta y nueve años, digiero piedras...

A Barry, aquella frase le pareció llena de un macabro sarcasmo.

—Haga lo que le dice la doctora —aconsejó.

Pero Peverall persistió en sus negativas.

—Jamás he tomado una pócima, ni siquiera una aspirina —contestó de mal humor—, así que guárdense su maldita inyección y lárguense de aquí cuanto antes. ¡Condenación! ¿Por qué no me traería un mastín, en lugar de este inofensivo chucho?

Adelphia, impasible, sacó la jeringuilla.

—Señor Peverall, si no quiere morir, deje que le ponga la inyección —insistió.

Pero el hombre, repentinamente, descolgó una vieja escopeta de un clavo y encañonó con ella a la pareja.

—He tratado de ser amable con ustedes, pero esto se ha acabado ya. Si no se largan ahora mismo, apretaré los dos gatillos —amenazó.

Barry intentó el último esfuerzo.

—Señor Peverall.

—¡Fuera!

—Adelphia, vámonos. Es inútil.

—Pero tú sabes que ese pobre hombre va a morir.

—¡No traten de engañarme! —vociferó Peverall—. Vamos, lárguense de una... mal...dita... vez...

La voz del minero se quebró súbitamente. «Charlie», como si presintiese algo malo, emitió un aullido lastimero.

Barry miró un instante a Peverall, que se había quedado rígido. Estaban justo frente a él y presintió lo que podía ocurrir, por lo que agarró a la chica de un brazo y tiró de ella con fuerza.

Un segundo después, explotaron los dos cañones de la escopeta. Pero Peverall no había disparado voluntariamente. Su dedo índice se había contraído bruscamente, accionando así los dos gatillos del arma.

El retroceso le tiró para atrás. Chocó contra la pared y se rompió en infinidad de fragmentos de un repulsivo color blanco y rojo.

Adelphia, mareada, salió al exterior. «Charlie» aullaba quejumbrosamente. Barry contempló con tristeza los restos de lo que, hacía pocos momentos, había sido un hombre.

Al cabo de unos segundos, abandonó la cabaña.

—Adelphia...

Ella le miró. Tenía los ojos húmedos.

—Si no hubiese sido tan terco...

—¿Crees que habrías podido evitarlo? Desde que supimos la noticia hasta que murió, apenas habían pasado cinco minutos.

—Al menos, lo habríamos intentado. Pero él no quiso...

Barry pasó el brazo por los hombros de la muchacha.

—No te aflijas —dijo persuasivamente—. Has hecho lo que estaba en tu mano. No tienes nada de que reprocharte.

Adelphia hipó un par de veces, respiró hondo y se esforzó por sonreír.

—Sí, creo que tienes razón —convino—. Pero ¿qué hacemos ahora?

—En mi opinión, sabemos cuanto es preciso, menos una cosa: el lugar donde está la piedra madre. ¿Por qué no intentamos buscarla?

—Pero no sabemos...

—Yo conozco el procedimiento para encontrarla. Vamos a casa y te lo explicaré detalladamente.

—Sí, vamos.

El perro se les acercó en aquel momento, meneando la cola. Adelphia se agachó para acariciarle afectuosamente.

—¿Quieres venir con nosotros, «Charlie»?

Se oyó un alegre ladrido. Cuando los dos jóvenes se encaminaron hacia el aeromóvil, «Charlie» les siguió saltando y brincando jubilosamente.

* * *

Después de la cena, Barry extendió un mapa sobre la mesa. Con la ayuda de un lápiz rojo, de grueso trazo, señaló el emplazamiento de la cabaña de Peverall.

—La piedra que encontró ese pobre hombre partió en dirección Norte.

—Todas van en la misma dirección, Louis —dijo la muchacha.

—Calma, mujer, déjame seguir hablando. Mira aquí está señalado el lugar donde murió el pobre Phil Doorson. En este caso, la piedra se rompió al choque con la roca y los fragmentos salieron disparados en determinada dirección..., lo mismo que la piedra que se rompió en mi casa. Tenemos, pues, la piedra de Peverall, la de Phil y la mía.

Barry señaló otros dos puntos en el mapa, uno de los cuales correspondía al lugar donde había sido hallado muerto Doorson y el otro a su casa. La cabaña de Peverall quedaba aproximadamente en el centro.

—Sé dónde estaba la piedra de mi casa, cuando se rompió en la lucha contra la piedra roja y atravesó la pared. Esta es la dirección que tomó —dijo, a la vez que, con la ayuda de una regla, trazaba una línea recta en el mapa—. Ahora, desde la cabaña de Peverall, trazaré una línea recta en dirección Norte, y luego otra que siga la dirección de la piedra que mató a Phil Doorson. Como puedes ver, siguen direcciones convergentes... y se unen en este punto.

Con el lápiz rojo, Barry trazó un círculo sobre el mapa.

—Por tanto, la piedra madre está aquí —concluyó.

Adelphia estudió el mapa detenidamente.

—Hay una objeción —manifestó.

—Habla.

—Las direcciones no pueden ser de una absoluta exactitud. Habrá, aunque no lo hayas querido así, un margen de error.

—Cuento con ello, querida.

—Ese margen de error puede significar una extensión de varios kilómetros cuadrados. La zona que has señalado es muy abrupta y hay mucha vegetación.

—Lo sé, pero creo que tengo el remedio adecuado.

Adelphia volvió los ojos hacia el joven.

—¿Cuál es el remedio? —preguntó—. Mejor dicho, el instrumento con el que piensas localizar la piedra madre. Porque a menos que sea una roca gigantesca, te costará mucho encontrarla por exploración visual. Barry sonrió con suficiencia.

—Esa piedra es un ser viviente, ¿no?

—Claro.

—Y piensa.

—Sí.

—Sí piensa, es que tiene alguna clase de cerebro, no importa que sea de silicio básicamente. Pero al igual que hice funcionar el electroencefalógrafo con la piedra que me dio Mattie, también puedo utilizar un aparato similar con la piedra madre.

—Oh, Barry, déjate de sueños. Para emplear el EEG, necesitas tener la piedra al alcance de la mano, a fin de fijar los electrodos, de contacto...

—Querida, eres una extraterrestre, y aunque no dudo de que en muchas cosas podáis estar más adelantados que nosotros, en este asunto, al menos, creo haber ganado la partida.

—Estás empleando demasiadas palabras —le reprochó ella—. ¿Por qué no lo dices de una vez?

—Bueno, tú has mencionado el EEG, pero no has dicho nada del REEG.

—¿Qué significa eso?

—Radioelectroencefalógrafo.

Adelphia abrió la boca al comprender el significado de aquella interminable palabra. «Charlie» emitió un agudo ladrido.

Barry sonrió.

—Sí, la captación de las ondas cerebrales por medio de la radio —confirmó.

# CAPITULO X

—A fin de cuentas, el cerebro emite electricidad, que es lo que recoge el EEG —dijo Barry cuarenta y ocho horas más tarde, mientras el aeromóvil se desplazaba lentamente por los aires, siguiendo, por medio del piloto automático, la ruta programada con anterioridad—. Bien, entonces ya no hace falta más que un receptor, con un potente amplificador y los conversores correspondientes.

—Pero olvidas una cosa, Louis —dijo Adelphia.

—¿Sí?

—La escasa potencia de las ondas cerebrales de las piedras. Son inteligentes, es cierto, pero debido a su distinta naturaleza, la emisión eléctrica de su mente es de una intensidad mucho menor que la de un ser humano.

—Bien, para combatir ese defecto, yo tengo un arma que no falla nunca.

—¿Cuál es? —preguntó la chica, asombrada.

—Paciencia. Tarde o temprano, localizaremos la piedra madre.

—Sin embargo, has olvidado otra clase de armas. ¿Con qué piensas combatir a la piedra madre?

—La piedra roja me habló de un soplete...

—Eso puede servir para una de pequeñas dimensiones, y aun así, la destrucción sólo sería parcial. No, tienes que idear algo mejor.

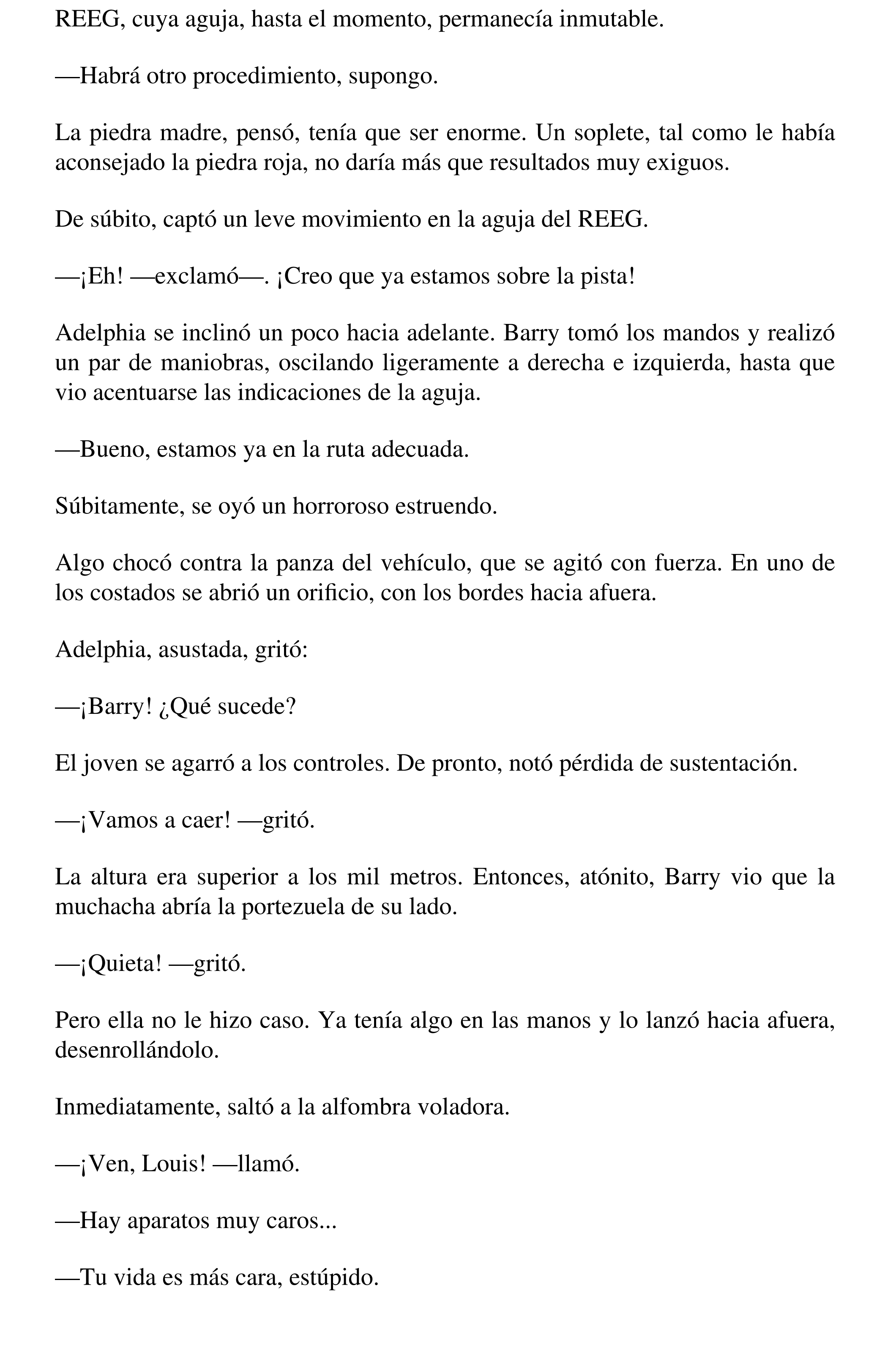
—Adelphia, tú vienes de un mundo donde hay piedras hostiles. Allí sabéis cómo combatirlas.

—Sabemos cómo evitar sus daños, una vez infiltrada la sílice en el organismo, que es muy diferente.

—Caramba, yo creí...

—No podíamos ir destruyendo todas las piedras, por que no todas son seres vivos. Y hasta cierto punto, se había establecido un armisticio entre ellas y nosotros. Si, puedes tomar una piedra y disolverla en ácido, pero ¿qué cantidad de ácido se necesitaría para eliminar todas las que son hostiles?

Barry se acarició la mandíbula, mientras mantenía la vista fija en la gráfica del


REEG, cuya aguja, hasta el momento, permanecía inmutable.

—Habrá otro procedimiento, supongo.

La piedra madre, pensó, tenía que ser enorme. Un soplete, tal como le había aconsejado la piedra roja, no daría más que resultados muy exiguos.

De súbito, captó un leve movimiento en la aguja del REEG.

—¡Eh! —exclamó—. ¡Creo que ya estamos sobre la pista!

Adelphia se inclinó un poco hacia adelante. Barry tomó los mandos y realizó un par de maniobras, oscilando ligeramente a derecha e izquierda, hasta que vio acentuarse las indicaciones de la aguja.

—Bueno, estamos ya en la ruta adecuada.

Súbitamente, se oyó un horroroso estruendo.

Algo chocó contra la panza del vehículo, que se agitó con fuerza. En uno de los costados se abrió un orificio, con los bordes hacia afuera.

Adelphia, asustada, gritó:

—¡Barry! ¿Qué sucede?

El joven se agarró a los controles. De pronto, notó pérdida de sustentación.

—¡Vamos a caer! —gritó.

La altura era superior a los mil metros. Entonces, atónito, Barry vio que la muchacha abría la portezuela de su lado.

—¡Quieta! —gritó.

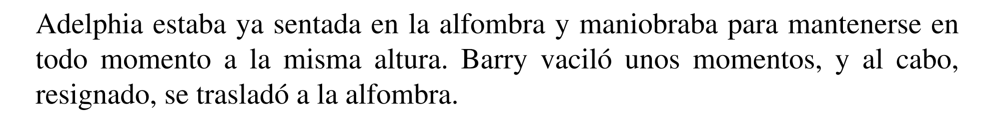
Pero ella no le hizo caso. Ya tenía algo en las manos y lo lanzó hacia afuera, desenrollándolo.

Inmediatamente, saltó a la alfombra voladora.

—¡Ven, Louis! —llamó.

—Hay aparatos muy caros...

—Tu vida es más cara, estúpido.


Adelphia estaba ya sentada en la alfombra y maniobraba para mantenerse en todo momento a la misma altura. Barry vaciló unos momentos, y al cabo, resignado, se trasladó a la alfombra.

—No comprendo qué ha podido ocurrir —rezongó.

—Yo, sí —dijo ella.

—¿Qué ha pasado, si se puede saber?

—Ya te atacaron una vez, sin contar con el frustrado asalto de Vronston. Ahora ha sucedido lo mismo.

Sentado en la alfombra, Barry miró a la muchacha con ojos de pasmo.

—¿Quieres decir... ?

—Sí, ya no hay duda. La piedra madre sabe que eres un peligro para ella y, en consecuencia, quiere quitarte de en medio.

Barry lanzó una maldición. El aeromóvil descendía hacia el suelo, dando vueltas como si se tratase de la hoja desprendida de un árbol. No obstante, su velocidad era menor de lo que cabría esperar en un caso semejante.

—Si la encuentro, usaré cinco toneladas de dinamita —masculló.

—Eso no la mataría. La romperías en millares de fragmentos y, al cabo, volverían a unirse.

—¿Tú crees?

—Sé lo que me digo, Louis.

Del suelo llegó un sordo crujido. Barry sintió que le sangraba el corazón al ver su aeromóvil tumbado de costado, entre los matorrales.

—Baja, Adelphia —pidió—. Quiero ver si se puede aprovechar algo.

La muchacha accedió. Momentos después, se hallaban junto al aparato.

Al hallarse parcialmente volcado, podía verse el orificio situado en la panza, un agujero de bordes irregulares y de unos cuatro centímetros de diámetro. Barry dio la vuelta al aeromóvil y buscó el orificio de salida.

Frunció el ceño. A juzgar por el impacto, el proyectil debería haber salido por el techo de la cabina de pasajeros, en lugar de salir por la parte del morro.

Estaba claro que la trayectoria de llegada era absolutamente vertical. Entonces, ¿por qué el pedrusco, al atravesar el aparato, se desviaba más de cuarenta y cinco grados?

Pensativo, se acarició la mandíbula. En aquellos momentos, recordaba el informe del jefe de taller que había reparado su aeromóvil en la ocasión anterior.

«¿Cuál es el misterio?», se preguntó.

La voz de Adelphia quebró súbitamente sus meditaciones.

—¿Has llegado a alguna conclusión, Louis? —preguntó.

Barry se volvió lentamente hacia la muchacha.

—Conozco el rumbo. ¿Puedes enseñarme a manejar la alfombra voladora? Creo que podría encontrar la piedra madre...

Ella sonrió enigmáticamente.

—Puedes correr un grave riesgo. Ahora no vas armado —objetó.

—Lo mismo da. Ni siquiera sé qué clase de arma emplear —contestó Barry.

—¿Crees que hay mucha distancia?

El joven se asomó al interior del aeromóvil. Los delicados instrumentos del REEG debían de haber sufrido considerables daños con el impacto de la caída, a pesar de que la armazón del aparato había resistido bien la caída. Sí, la aguja aparecía parada, síntoma indudable de que el REEG había dejado de funcionar.

—Podemos llegar a pie —dijo—. Perdón, puedo llegar a pie.

—¿Y cómo detectarás la piedra?

—No lo sé, aunque hay algo que se llama instinto, ¿verdad?

Adelphia le dirigió una cálida sonrisa.

—Vamos —dijo.

Media hora más tarde, encontraron la piedra madre.

* * *

Era una especie de monolito, de color negruzco, medio oculto por la vegetación, en cuya superficie se di' visaban numerosos huecos, del tamaño aproximado de un puño humano. Aquel monolito medía unos dos metros y medio de altura por otro tanto de diámetro en la base, aproximadamente circular.

Era una roca que despedía un aura morbosamente hostil. Permanecía muda, silenciosa..., pero los dos sabían que se trataba de un ser viviente.

—¿Cuánto tiempo llevará aquí? —preguntó Barry, a media voz.

—No mucho. Semanas, algunos meses, tal vez —respondió la chica.

—Y ha venido de las profundidades del espacio.

—De donde vine yo.

—¿Para ayudarnos?

—No. Hice un viaje... de exploración. Me encontré con el problema, eso es todo.

—Entonces, las piedras vivas pueden viajar a través del espacio.

—En determinadas circunstancias, sí.

—Apostaría algo a que se sienten incómodos en tu mundo y buscan otro en el que puedan vivir sin dificultades.

—Así, es Louis —confirmó Adelphia.

—Pero ¿era necesario que nos atacasen? ¿Por qué causarnos daño, si nosotros, aparte de que ignorábamos que eran seres vivos, no se lo hacíamos?

—Es una pregunta difícil de contestar.

—Entonces, se lo preguntaré a ella.

—¿De viva voz?

—No. Traeré aquí los aparatos que tengo en el laboratorio. Haré lo mismo que hice con la piedra que me dio Mattie.

—Puede ser una buena idea, aunque los aparatos son bastante pesados, quiero decir, el generador que proporciona la electricidad necesaria para su funcionamiento.

—Bien, el peso se puede aliviar con un generador antigravedad portátil. Pero, aunque sea una piedra, es también un ser vivo, inteligente. ¿Por qué destruirlo? ¿Por qué no intentar la paz?

—Me siento escéptica. Nosotros las conocemos bien, Louis.

—Sin embargo, ignoráis la forma de destruirlas, cuando no se han pulverizado para infiltrarse en el organismo humano.

—liso es cierto, pero es que al evitar ese género de ataques, cesaron en su hostilidad.

Barry se encaró con la roca negra.

—¿Has oído? —clamó—. También nosotros podemos hacer lo mismo.

La piedra permaneció muda.

Barry la contempló durante unos segundos. Luego empezó a rodearla, a fin de examinarla con más detenimiento.

De repente, lanzó una exclamación:

—¡Adelphia! ¡Ven, mira!

La chica corrió al otro lado. Enormemente asombrada, contempló el hueco que aparecía en aquella cara de la roca, un hueco de tamaño muy superior a los que habían visto hasta aquellos instantes.

El hueco tenía figura humana.

Figura de mujer.

Era como si una mujer desnuda, de formas perfectas, se hubiese colocado sobre la roca, de frente, a fin de dejar allí el molde de su cuerpo de diosa.

Barry se sentía estupefacto. Parecía como si un escultor se hubiese entretenido en grabar con sus cinceles la mitad anterior del cuerpo de una mujer de singular hermosura, para sacar más tarde un molde y tener así el modelo para una estatua. Era una labor absurda, pensó, porque ningún artista haría una cosa semejante..., a menos que pensara vaciar bronce fundido en aquel molde.

Pero entonces se habría llevado el bloque de roca negra a su estudio. En las inmediaciones no había ninguna casa, que permitiera sospechar la vecindad del artista, un sujeto tal vez raro y estrambótico, que había preferido trabajar al aire libre, en lugar de hacerlo en lugar cubierto.

—Y la piedra —murmuró— podría haber sido transportada para realizar el trabajo de vaciado en otro sitio. Hay helimóviles de carga, capaces de levantar veintenas de toneladas...

De pronto, y antes de que Adelphia pudiera impedirlo, golpeó la roca con los nudillos.

Se oyó un extraño tañido, semejante al de una gran campana, pero no violento en su volumen, ni en la frecuencia de sus vibraciones sonoras; un sonido agradablemente musical, tan atractivo, pensó Barry, como la canción de una sirena.

Una voz que parecía proceder del fondo del universo, sonó en el interior de su mente:

—Ven..., ven...

La voz poseía una suave armonía, una dulzura de tonos inigualable, era como una llamada difícil de resistir...

—Ven..., ven...

Barry avanzó un paso, estático, con la mente en blanco, sin ver nada de lo que tenía delante, completamente aislado de cuanto le rodeaba.

Y la voz seguía llamándole:

—Ven..., ven a mí.

De repente, una fuerza extraña lo arrojó por tierra.

—¡Louis! ¡Despierta! —gritó Adelphia.

Barry quedó en el suelo, aturdido, encogido, sin saber qué le había sucedido. Adelphia, inclinada sobre él, le zarandeó sin piedad.

—Despierta, despierta...

El joven empezó a volver a la realidad y se sentó en el suelo.

—No sé qué me ha sucedido...

—Querías abrazar a la piedra —dijo ella—. Vamos, ni que fuese la mujer más bonita del mundo.

Barry se pasó una mano por la frente.

—Ese sonido... No sé qué me pasó. Oí una voz que me llamaba... Debo de haberme vuelto loco...

—No —contradijo Adelphia—. Sólo estabas sometido a una fortísima sugestión. Lo siento, pero tuve que darte un empellón para conseguir que volvieses a la realidad.

—Algo extraño me ha pasado, en efecto —convino Barry---. Esa piedra es un ser vivo, evidentemente. Me llamó y yo acudía a su llamada. Pero ¿qué hubiera hecho conmigo?

—¿Quieres que te lo diga? Barry miró a la muchacha.

—Te lo agradeceré —pidió.

—Se sabe de unos pocos casos, no demasiados..., sin duda de personas extremadamente receptivas. Desaparecieron, no se sabe cómo, y se supone que se fundieron con determinadas especies, por llamarlo así, de piedras.

El joven sintió un escalofrío.

—¿Tratas de decirme que yo habría podido fundirme con esta roca?

—Indudablemente.

Hubo un momento de silencio. Luego, con voz débil, Barry dijo:

—Regresemos, Adelphia. Hemos de hallar el medio para combatir a estos seres malignos. Creo que no podremos tener tranquilidad mientras ellos estén en nuestro planeta.

—Yo lo creo también así —contestó la chica,

## CAPÍTULO XI

«Charlie» ladró alegremente al verlos regresar. El can permanecía en el jardín que rodeaba la vivienda de Barry, del que no podía salir debido a la valla que lo contorneaba. Adelphia hizo unas cuantas caricias al animal y luego dijo que iba a preparar la cena. —Necesitamos llenar el estómago —sonrió. «Charlie» se alejó con la joven, saltando alegremente. Barry se encaminó hacia su laboratorio, en donde empezó a anotar los instrumentos que podía necesitar para el combate con la piedra viviente.

—Luchar contra una roca —dijo amargamente—. Si la gente lo supiera, me encerrarían..., lo mismo que a la pobre Betsy MacFarlane y a Perla Kepple...

Claro que la segunda estaba encerrada como cómplice del asesinato de su esposo, pero no había que olvidar que, durante unas horas al menos, se había vuelto loca.

Al terminar de hacer sus anotaciones, se dedicó a pensar en las dos ocasiones en que su aeromóvil había sido atacado por una piedra viviente. Los dos ataques habían tenido una característica similar: impacto ventral y salida por la parte superior.

Pero en ambos casos, el proyectil se había desviado inexplicablemente. ¿Por qué?

Tomó una hoja de papel y un lápiz, y dibujó un corte esquemático del aeromóvil, en un plano vertical y sentido longitudinal. Marcó el cuadro de instrumentos, los asientos... y luego recordó el generador antigravitatorio, que se hallaba situado bajo el piso.

Con el lápiz, dibujó el punto de impacto y la trayectoria seguida aproximadamente por el proyectil. En los dos ataques, la piedra parecía dirigida contra el generador antigravedad, pero por alguna razón que ignoraba, se desviaba en un ángulo superior a los cuarenta y cinco grados y acababa saliendo delante del parabrisas frontal.

El generador estaba situado bajo los asientos delanteros, que eran los ocupados por él y la muchacha. Si el proyectil no se hubiera desviado, uno de los dos habría muerto, atravesado como el pobre Phil Doorson.

Lo mismo había sucedido en la ocasión en que él viajaba solo, cuando se encontró con Adelphia junto al lugar donde había muerto Doorson. Aquello le llevó a una conclusión.

Adelphia abrió la puerta en aquel instante.

—La cena está lista, Louis —anunció.

Entonces vio un extraño brillo en los ojos del joven.

—Has dado con una buena idea —adivinó.

—Sí —confirmó él—, creo haber encontrado la solución para combatir a las piedras vivientes hostiles.

Abandonó la mesa y se acercó al banco de trabajo, donde tenía la piedra roja y puso la mano encima.

—Tú eres amigo. ¿Tengo razón?

La piedra, naturalmente, permaneció silenciosa, pero Barry creyó notar en la palma de su mano un ligero aumento de la temperatura. Hizo un gesto de asentimiento y se dirigió hacia la salida.

—Estoy muerto de hambre —confesó.

«Charlie» emitió un alegre ladrido.

—También habrá un suculento hueso para ti —dijo Adelphia, jovialmente.

Al día siguiente, Barry, mediante el videófono, encargó los instrumentos que necesitaba. Cuando terminó de formular el pedido, puso delante del objetivo de la cámara su tarjeta de crédito. El vendedor tomó nota y dijo, que le enviaría todo con la mayor rapidez posible.

Veinticuatro horas más tarde, tenían todo dispuesto para el que esperaban iba a ser el combate definitivo.

* * *

Un ruido extraño despertó a Barry súbitamente en medio de la noche.

«Charlie» ladró. Barry agarró su revólver en el acto.

El ruido se repitió. Algo se rompió en el laboratorio.

Barry sintió que la frente se le inundaba de un sudor frío. ¿Qué había entrado en su casa?

¿Podía luchar contra aquel intruso con un simple revólver?

De pronto, se acordó de la inyección con el disolvente del silicio y buscó la cajita que contenía la jeringuilla. Si era atacado, se inyectaría de inmediato.

Abandonó la cama, con la caja en uno de. los bolsillos del pijama. Los ladridos del can persistían en el exterior.

Barry se acercó a la ventana.

—«Charlie», calla.

El can saltó para entrar por la ventana, y gimiendo lastimeramente, se acurrucó bajo la cama. Barry abandonó el dormitorio.

Adelphia no daba señales de vida. Se atrevió a mirar en su habitación.

La muchacha no estaba en casa. Barry, desconcertado, se preguntó dónde podría haberse marchado.

De nuevo se produjeron los ruidos en el laboratorio. Algo se rompió con gran estruendo.

Barry abrió la puerta. Entonces presenció una escena increíble.

Había dos gruesas piedras de color negruzco, que evolucionaban velozmente en torno a la piedra roja. Barry creía soñar.

Aquello era una lucha a muerte entre unos seres vivientes, de naturaleza mineral. Inmediatamente, comprendió lo que sucedía.

La piedra roja era su protectora y alguien había dado orden de destruirla. Los intrusos atacaban salvajemente, moviéndose sin cesar.

—Son todo músculos y todo cerebro..., si es que esto

se puede aplicar a unos seres que no son más que minerales vivientes —se dijo.

Pero ahora, pensó, era el momento de comprobar sus teorías.

Agachado, mientras la lucha continuaba con toda ferocidad, se dirigió hacia uno de los rincones del laboratorio, en donde tenía los instrumentos encargados y que le habían traído aquella misma tarde. Rápidamente, conectó uno de los aparatos a la corriente y dio media vuelta a un conmutador.

En aquel momento, las piedras negras se elevaban en el aire, como disponiéndose a lanzar una furiosa carga contra su adversario. Barry movió el instrumento, como si fuese un cañón.

Las piedras explotaron casi silenciosamente, convirtiéndose en sendas nubes de polvillo negruzco, que cayó lentamente al suelo. Barry, agachado detrás del aparato, se irguió poco a poco.

—Funciona —dijo, maravillado.

La piedra roja había vuelto a su sitio. De pronto, Barry oyó algo que crepitaba velozmente.

La pantalla de la traductora automática se había puesto en funcionamiento. Barry, atónito, leyó el mensaje gráfico que aparecía en la pantalla.

*—Por favor, desconecta ese aparato. Me hace daño.*

Barry obedeció en el acto. En la pantalla de la traductora automática surgió una nueva serie de palabras:

*—Has hallado el arma que permitirá combatir a las piedras hostiles. Pero ten cuidado, porque el enemigo, a pesar de todo, no está definitivamente vencido.*

—¿Qué es lo que quieres decir: —preguntó el joven.

*—Ahora, no; estoy infinitamente cansado...*

Las letras se borraron de la pantalla. Barry desconectó también la traductora.

Luego bajó la vista hacia los dos montoncitos de polvillo negro en que se habían convertido las piedras atacantes. Era algo increíble, mejor que el soplete que la piedra roja le había recomendado un día y que no había llegado a utilizar. Claro que el soplete, calculó, habría alejado simplemente a los atacantes, en lugar de destruirlos..., pero esto no eran más que especulaciones que ya no tenían ningún sentido en los momentos actuales.

Agachándose, tomó con una pequeña paleta una pequeña muestra del polvillo negruzco. El análisis le reveló se trataba de silicio y otros minerales, cuya composición molecular había sido alterada, como si hubieran estado sometidos a un intensísimo proceso de calcinación.

Aquella sustancia negra, pulverulenta, era completamente inerte.

Al terminar, respiró aliviado. El peligro inmediato había pasado y, lo que era mejor, había encontrado la forma de combatir a las piedras vivientes antes de que, convirtiéndose en fragmentos microscópicos, pudieran infiltrarse en el organismo.

Hacía falta ahora saber, se dijo, cuántos seres vivos hostiles había y dónde se encontraban. Pero puesto que conocía el lugar donde se hallaba la piedra madre, no sería difícil averiguarlo.

Cuando concluyó todas las operaciones, era ya de día. Entonces, fue a la cocina y preparó café. «Charlie», ya sin temores, le siguió, meneando el rabo.

Barry consultó el reloj e hizo un gesto de desagrado.

Adelphia no había dado aún señales de vida. Se preguntó adonde podría haber ido la chica.

—Le doy todo el día de hoy, hasta mañana a estas horas —gruñó—. Si para entonces no ha dado señales de vida, me iré yo solo a luchar contra la piedra madre.

Por cierto, pensó, tendría que alquilar un aeromóvil, ya que el suyo había quedado averiado en el lugar de la caída, y esta vez, se dijo amargamente, ya no tendría arreglo posible..

A las cinco de la tarde, sonó la campanilla de la puerta.

Esperanzado, Barry corrió a abrir, pero se quedó un tanto decepcionado, y muy asombrado, al ver que la persona que había llamado no era Adelphia.

—¡Señora Stone! —exclamó.

* * *

Vanessa sonrió hechiceramente.

—¿Puedo pasar?

—Claro...

«Charlie» empezó a ladrar furiosamente en aquel momento. Barry fue hacia el animal y lo agarró por el collar.

—Dispénsele, señora Stone. Se trata de un can abandonado que recogí hace unos días y aún no ha tenido ocasión de habituarse a los extraños... Por favor, siéntese mientras lo saco fuera.

Vanessa le dirigió una mirada comprensiva. Barry levantó en el peso al can, cuyos ladridos de hostilidad persistían, y lo llevó al jardín, atándolo a un árbol situado en uno de los extremos por medio de una correa.

—Quédate aquí quieto y en silencio. ¿Estamos?

«Charlie» se tendió en el suelo y empezó a gemir. Earry dio media vuelta y regresó a la casa.

La esposa del profesor estaba todavía en pie, como si contemplase la decoración. Barry apreció que vestía una túnica larga hasta los tobillos, cerrada de cuello y con mangas flotantes, adornada en los bordes con unas extrañas grecas de gran anchura, en rojo y oro. El conjunto, con su brillante cabellera dorada, resultaba altamente espectacular. «Stone es un tipo con suerte», pensó.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber, señora? —consultó, galante.

Vanessa levantó ligeramente la mano derecha.

—No, muchas gracias, amigo mío —dijo—. He venido... Bien, mi esposo no lo sabe y espero que usted sea discreto para no decírselo.

—Por favor, señora... —Barry se alarmó. ¿A qué venía tanto misterio?—. Cuente usted con mi absoluta discreción, por supuesto —aseguró.

—Bien, se trata... —Ella sonrió, como si se sintiese turbada—. Mi marido, el otro día, no se portó demasiado bien con usted.

—Oh, todo lo contrario, señora.

—Insisto en ello. Pero es que, aunque lleve poco tiempo de casada con él, he aprendido a conocerle... Usted fue uno de sus discípulos más distinguidos, creo. —Tuve ese honor —admitió Barry, que no sabía adonde quería ir a parar su bella visitante.

—Bien, en tal caso le sugiero que dentro de unos días, sin prisas, cuando le parezca a usted conveniente, vaya a visitarle y le hable de su tesis sobre los seres vivos en estado mineral. Eso no puede series absurdo.

—Señora, yo...

Barry se calló, de pronto. ¿Por qué iba a confiarse con aquella mujer, a la que conocía tan poco?

Además, tenía que convencer al profesor de algo que no era cierto, cuando él tenía pruebas concluyentes de todo lo contrario. «Uno que cree en algo no puede persuadir a otro de que no crea en lo mismo que él cree», se dijo.

Le daría largas, era lo mejor.

—Haré lo que pueda, señora —contestó evasivamente. El bello rostro de Vanessa se iluminó. —Oh, señor Barry... Si lo consigue, se lo agradeceré eternamente. A decir verdad, desde el día de su visita, está como obsesionado por ese tema.

—Ya se le pasará. A decir verdad, teniéndola a usted a su lado, lo olvidará fácilmente, a poco empeño que ponga usted en ello. —¿De veras lo cree así?

—¡Pues claro! Naturalmente, yo iré también a visitarle..., pero usted, con su belleza, puede conseguir mucho.

Barry empezaba a sudar. Aquella mujer empezaba a ponerle nervioso.

—¿Me cree hermosa, amigo mío? —preguntó ella. —Señora, no he visto nunca una mujer tan hermosa como usted. ¡Se lo juro!

—Oh, señor Barry, no sabe cuánto placer me causan sus palabras. Si usted consigue que mi esposo se olvide por completo de este asunto, yo se lo agradeceré eternamente.

—Señora... —Barry tragó saliva. ¿Adónde diablos quería ir a parar Vanessa?

—Se lo agradeceré eternamente... e inmediatamente —dijo la mujer.

Y, de pronto, llevó la mano a un broche que tenía junto al cuello y la túnica se abrió y cayó al suelo. Vanessa emergió, totalmente desnuda, sin la menor prenda de ropa, incomparablemente bella, hermosa como una diosa pagana.

## CAPITULO XII

Barry se quedó completamente estupefacto. Ni en sueños se le hubiera ocurrido pensar que le pudiera pasar una cosa semejante. Vanessa se le ofrecía incondicionalmente, sonriendo de una forma extraña, con los brazos ligeramente extendidos y el hermoso pecho palpitante de vida.

—Ven —susurró—, ven a mí... Seremos infinitamente felices...

Barry, fascinado, dio un paso hacia adelante, luego otro y otro...

En el jardín, «Charlie» aulló desesperadamente. Sus ladridos llegaron al cerebro del joven como a través de una niebla espesísima.

—Ven..., ven... —repetía Vanessa.

Barry se sentía incapaz de resistir. Un par de segundos más y estaría en los brazos de aquella turbadora mujer. Ni los furiosos ladridos de «Charlie» conseguían arrancarle a la morbosa fascinación en que le tenía sumido el hermoso cuerpo de Vanessa Stone.

Una vez más, Vanessa le llamó:

—Ven..., ven...

De súbito, Vanessa se quedó inmóvil. Su pecho cesó de moverse y sus brazos cayeron lentamente a los costados, a la vez que sus ojos se quedaban fijos en un punto infinitamente lejano.

Al mismo tiempo, su piel, blanca y tenuemente rosada, empezó a oscurecerse. Barry, espantado, retrocedió.

En pocos minutos, Vanessa se convirtió en una estatua de piedra negra, de pulidas superficies, muy brillante, como si fuese de basalto volcánico. Barry se sentía horrorizado, aunque no por ello dejaba de apreciar la belleza de la estatua en que tan incomprensiblemente se había convertido la señora Stone.

«Charlie» dejó de ladrar en el acto.

La mente de Barry volvió a la normalidad. Entonces comprendió los motivos de la hostilidad del perro. Su instinto animal le había hecho adivinar el peligro desde el primer momento.

Repentinamente, la estatua empezó a deshacerse. Mientras se desmoronaba en polvo negruzco, Barry recordó la impresión que había visto en la piedra

madre. Sí, aquel hueco, con las formas de una mujer bellísima, era el lugar de donde había salido Vanessa Stone.

Comprendió también el plan de la piedra madre, elaborando un ser humano, para que iniciase la conquista de un planeta y situándolo junto a uno de los seres más capacitados para entender la existencia de los seres vivos que pertenecían a la química del silicio. Pero como un ser viviente, había cometido un error.

Vanessa debía haberle buscado a él primero, en lugar de unirse al profesor Stone. Las cosas podrían haber cambiado tanto entonces...

En el suelo había ya solamente un montón de polvo negruzco y una túnica blanca vacía de su atractivo contenido. Barry se preguntó qué clase de extraordinarios poderes tenía la piedra madre, para fabricar una mujer de carne y hueso. Sus conocimientos, asimismo, eran extraordinarios. Una mujer bella y atractiva podía servir mejor a sus planes que un joven apuesto y gallardo.

Sólo que la piedra madre había equivocado el objetivo.

De súbito, recordó la piedra roja.

Corrió al laboratorio. Sobre la mesa de trabajo vio un montoncito de polvo rojo.

En la pantalla había escrito un mensaje:

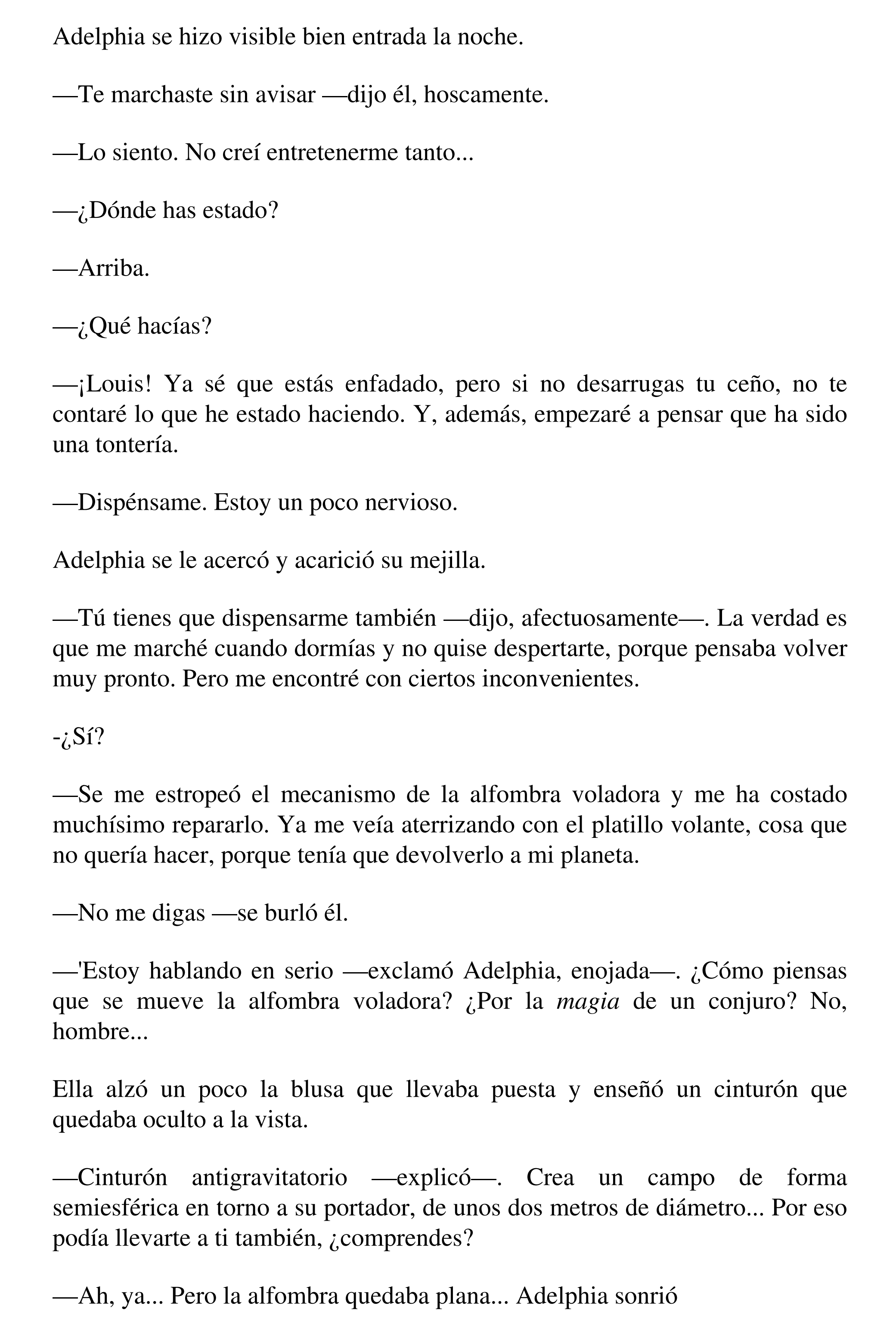
—*Corrías un gravísimo peligro. He tenido que actuar para salvarte...*

El mensaje se interrumpía bruscamente. Barry volvió la mirada y vio conectado el aparato que le había servido antes para destruir las dos piedras negras, mensajeros de muerte, sin duda, enviados por la siniestra piedra madre. Lentamente, se acercó al aparato y lo desconectó.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil, meditando profundamente. Evocó todo lo sucedido desde que Phil Doorson se encontrase la primera piedra viviente. Phil, Mattie, Vronston, Peverall... habían sido las primeras bajas de una guerra que no había trascendido al gran público, y que, con un último esfuerzo, él podía dar por conclusa.

«Charlie» ladró en el jardín. Barry volvió a la realidad, salió de la casa y desató al animal. «Charlie» saltó alegremente a su alrededor.

—Tú lo supiste ver antes que nadie —dijo.



* * *

Adelphia se hizo visible bien entrada la noche.

—Te marchaste sin avisar —dijo él, hoscamente.

—Lo siento. No creí entretenerme tanto...

—¿Dónde has estado?

—Arriba.

—¿Qué hacías?

—¡Louis! Ya sé que estás enfadado, pero si no desarrugas tu ceño, no te contaré lo que he estado haciendo. Y, además, empezaré a pensar que ha sido una tontería.

—Dispénsame. Estoy un poco nervioso.

Adelphia se le acercó y acarició su mejilla.

—Tú tienes que dispensarme también —dijo, afectuosamente—. La verdad es que me marché cuando dormías y no quise despertarte, porque pensaba volver muy pronto. Pero me encontré con ciertos inconvenientes.

-¿Sí?

—Se me estropeó el mecanismo de la alfombra voladora y me ha costado muchísimo repararlo. Ya me veía aterrizando con el platillo volante, cosa que no quería hacer, porque tenía que devolverlo a mi planeta.

—No me digas —se burló él.

—'Estoy hablando en serio —exclamó Adelphia, enojada—. ¿Cómo piensas que se mueve la alfombra voladora? ¿Por la *magia* de un conjuro? No, hombre...

Ella alzó un poco la blusa que llevaba puesta y enseñó un cinturón que quedaba oculto a la vista.

—Cinturón antigravitatorio —explicó—. Crea un campo de forma semiesférica en torno a su portador, de unos dos metros de diámetro... Por eso podía llevarte a ti también, ¿comprendes?

—Ah, ya... Pero la alfombra quedaba plana... Adelphia sonrió

maliciosamente.

—Esparcí sobre su superficie un producto que la confería la rigidez de una tabla. Lo leí en una historia y me dije que podía ser un buen vehículo para mí, ya que carecía de licencia de conducción de aeromóviles... No era mala idea, ¿verdad?

—Eres un poco frívola, si quieres que te sea sincero —contestó él, aún no calmado por completo—. Y supongo también te disfrazaste la primera vez como una hurí, porque lo habías leído en ese libro.

—Claro, si iba a volar en una alfombra... Vamos, Louis, sonríe un poco. Cualquiera diría que no te gusta verme aquí.

—Me gusta muchísimo, aunque todavía no me has explicado por completo tus proyectos.

—Hijo, eres tonto —suspiró ella—. Te dije una vez que a la Tierra venían visitantes de lejanos mundos, sin que los terrestres lo supieran, a pesar de su creencia en los OVNIS. Muchos, satisfecha su curiosidad, se marchaban. Otros, en cambio, se mezclaban con los nativos y se quedaban a vivir aquí para siempre. Yo pertenezco a la segunda clase. Barry parpadeó. —Entonces, te quedas... —Para siempre.

—Y por eso has tenido que devolver tu platillo volante...

—Fue la condición impuesta para que me concedieran el permiso para el viaje. La nave regresará por control remoto, y al verla vacía, sabrán que me he quedado.

—Entonces, quizá un día tengamos visita de tus familiares —dijo.

—Es probable.

—Me hubiera gustado ver tu nave, Adelphia.

—Oh, no te has perdido nada. Es muy corriente, un tanto incómoda... Pero dime, ¿qué has hecho tú mientras tanto?

Barry se puso serio bruscamente.

—He visto morir a la señora Stone —declaró.

Adelphia respingó.

—Has visto...

—Si es que puede llamarse morir a lo que le sucedió —dijo el joven.

* * *

Barry mordisqueó un poco la chuleta y luego arrojó el hueso a «Charlie». El perro lo atrapó al vuelo y se retiró a un rincón a disfrutar de su cena.

—De modo que eso es todo lo que ha sucedido —dijo la muchacha, mientras llenaba las tazas de café.

—No he omitido una sola coma —respondió Barry—. Pero el peligro no ha sido eliminado todavía.

—Es cierto, queda la piedra madre —convino Adelphia.

—Mañana estaremos a su lado.

—Y la destruirás.

Barry guardó silencio. En realidad, tenía ciertos propósitos, pero no quería exponerlos sino hasta que hubiese llegado el momento adecuado.

—Me siento un poco cansado y mañana hemos de madrugar —eludió una respuesta concreta.

—De acuerdo, pero no olvides que hemos de enfrentarnos con un problema que no podremos soslayar en absoluto —dijo Adelphia.

—¿Cuál, por favor?

—La señora Stone. ¿Cómo se lo dirás a su esposo?

Barry se tiró del labio inferior, súbitamente preocupado por aquel detalle, en el que no había reparado hasta entonces.

—Cuando llegue el momento... se lo diré —contestó.

Apenas si pudo dormir durante la noche. Enervado y disgustado consigo mismo, se levantó muy pronto y preparó el desayuno. Luego hizo una llamada.

Jerome Herndon protestó airadamente de la petición que le hacía el joven, pero pensando en que era un buen cliente y que iba a venderle un nuevo aeromóvil, acabó por acceder a lo que le solicitaban. Media hora más tarde, estaba en el jardín con un aeromóvil de carga, acompañado de uno de sus ayudantes.

Herndon era el jefe del taller que le había arreglado el aeromóvil en la primera ocasión. También vendía toda clase de vehículos. Aunque no comprendía en absoluto las intenciones del joven, hizo cuanto le pedían, ya que, además, estaban unidos por una buena amistad.

Una vez cargados los aparatos, emprendieron el vuelo. Barry hizo que Herndon tomase tierra junto a su aparato averiado.

—Le voy a nombrar cliente del año, Louis —dijo Herndon, sarcásticamente —. ¿Hay por alguna parte un obseso contra los aeromóviles?

—Son cosas que pasan —respondió el joven, evasivamente.

Ya estaban fuera. Herndon dio media vuelta y se asomó a la cabina del aparato volcado.

—Eh, Louis, esta vez lo ha estropeado de veras —dijo.

—Ya lo sé —respondió el joven—. Estropeado del todo.

—Está equivocado —dijo Herndon—. El aparato, aunque hubiese costado bastante, se habría podido reparar. En cambio, el generador antigravedad está hecho polvo.

—¿Cómo?

—Se lo dejó conectado.

—Jerome, repita eso —pidió el joven, muy serio.

—Ya lo ha oído. Al dejarlo conectado, siguió funcionando y se ha quemado como un motor eléctrico cuando está sometido a un trabajo o una tensión excesivos. Ahora ya no sirve más que para la chatarra, y es una lástima, porque los generadores modernos vienen en unidades herméticas y cuesta más abrir una que sustituirla por otra nueva.

—De modo que el generador ha estado funcionando.

—Sí, aún emite algunas ondas, pero su potencia se agotará antes de una hora.

Barry se volvió hacia la muchacha.

—¿Lo comprendes ahora?

Adelphia hizo un gesto de asentimiento.

—No podemos perder tiempo, Louis —dijo.

Barry se volvió hacia Herndon.

—Jerome, necesito su cacharro. Usted y su ayudante pueden esperarnos aquí. Volveremos muy pronto. Le pagaré todos los desperfectos...

Antes de que Herndon y su estupefacto ayudante pudieran reaccionar, Barry y la chica estaban ya volando en el aeromóvil hacia el lugar donde se hallaba la piedra madre.

Apenas tomaron tierra, vieron que la piedra madre estaba generando una nueva mujer.

La figura femenina tenía aún el color de la piedra, pero sus formas estaban casi completas. Y el rostro, en negro, era una exacta reproducción del de Vanessa Stone.

* * *

Barry instaló con rapidez todos los aparatos, conectando los terminales a la negra superficie de la roca. El generador portátil de antigravedad fue conectado a la batería del aeromóvil.

Al terminar, Barry se situó frente al monolito.

—Escucha bien, sé que eres un ser viviente —dijo—. No queremos causarte daño; precisamente porque eres un ser vivo, queremos que sigas viviendo, pero sin hostilizarnos. Has matado ya a varias personas, por mediación de las piedras que desprendías de tu cuerpo principal, pero aun eso podríamos olvidar si te comprometieses a una verdadera paz con nosotros.

La respuesta de la piedra apareció en la pantalla:

—*No quiero paz; quiero el dominio de este planeta. Soy muy fuerte, soy indestructible... Has conseguido derrotar a mis enviados, pero no me vencerás.*

—¿Ah, no? Entonces, ¿cómo es que el otro día, cuando estuvimos aquí, no pudiste causar el menor daño?

—*Algo me lo impedía, pero estoy estudiando las causas.*

—La mujer que fabricaste está muerta. Esta que vemos morirá también. No se realizarán tus proyectos, créeme.

*—Permíteme que lo dude. Por ahora, me siento paralizado, pero tarde o temprano...*

—Para ti no habrá tarde ni temprano. El otro día me dejé conectado involuntariamente un aparato, cuyas ondas te impidieron causarnos el menor daño. Y eso que no estaba dirigido directamente hacia ti, sino que te encontrabas dentro de su campo de acción y no demasiado cerca de su centro. Por última vez, te conmino a que declares la paz.

Ya no hubo respuesta, pero Barry y Adelphia vieron cómo las formas de la mujer crecían con rapidez. Incluso se percibían ya algunos movimientos epidérmicos.

—Lo siento —murmuró el joven—. No me gusta, pero tengo que hacerlo.

—Le has ofrecido la paz y la ha rechazado —dijo Adelphia.

Entonces, Barry se acercó al generador portátil de antigravedad y dio el contacto. Hizo girar el reostato, para conseguir la máxima potencia y se retiró un par de pasos.

Durante unos segundos, no sucedió nada. Luego, de repente, se oyó un oscuro bramido que parecía proceder del seno de la Tierra.

Repentinamente, la mujer empezó a perder sus contornos. La roca se desmoronó, convirtiéndose en polvo negruzco con enorme rapidez. Treinta segundos más tarde, el monolito había desaparecido.

Lo único que quedaba era un montoncito de polvo negro.

Una ráfaga de viento llegó y empezó a dispersar el polvo. Barry se sintió infinitamente relajado.

Empezó a recoger los aparatos.

—Creo que es hora de volver a casa —dijo—. El peligro ha sido conjurado.

Miró hacia las alturas.

—Pero si vienen más piedras hostiles, sabemos ya la forma de combatirlas —exclamó—. Aunque sería de desear que vinieran las piedras amigas —añadió, pensando en la que le había dado Mattie Morgan.

* * *

Por la tarde llamó al profesor Stone.

—Profesor, tengo que decirle algo de su esposa...

—¿Qué esposa? Tú estás soñando, muchacho.

—Oiga, que yo he visto...

—¿Has bebido, Louis? ¿De dónde has sacado esa absurda historia de mi matrimonio?

Alguien emitió una risita al otro lado de la pantalla. Barry vio una cara maliciosa, de pelo negro y ojos oscuros.

—Cariñito, ¿quién es ese chiflado que té está hablando de tu mujer?

—Oh, en este mundo no faltan los entrometidos, preciosa —contestó Stone—. Bueno, Louis, dispensa, pero ahora estoy muy ocupado.

La pantalla se apagó. Desconcertado, Barry cambió una mirada con Adelphia.

—¿Qué diablos le pasa a ese hombre? —gruñó.

—Es bien sencillo. Mientras vivió con Vanessa, estuvo sujeto por completo a su influencia mental. Al desaparecer Vanessa, esa influencia desapareció también, de modo que, en los momentos actuales, no recuerda absolutamente nada sobre el particular.

Barry contempló a la chica durante unos momentos.

—Oye, tú no irás a desaparecer ahora, ¿verdad? —preguntó al cabo.

—He venido a quedarme en la Tierra.

—Conmigo, supongo.

—Supones bien.

El brazo de Barry rodeó estrechamente la esbelta cintura de la muchacha. '

—Tengo que hacerte una pregunta —dijo.

—Sí, cariño.

—¿Haremos el viaje de luna de miel en la alfombra voladora?

«Charlie» emitió en aquel momento un alegre ladrido. Adelphia acarició la cabeza del can y contestó:

—Sospecho que tendremos que comprar una alfombra de mayores dimensiones, querido.

F I N